6760

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA DE D. EDUARDO HIDALGO.—MADRID

MARÍA MENOTTI
Ó
LA LOCA DE LOS ALPES

MELODRAMA DE ESPECTÁCULO

en un prólogo y cinco actos

POR

ALFREDO MORENO GIL

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO DE CATALUÑA
EN DICIEMBRE DE 1886

Precio: Ptas. 1'50

BARCELONA—1889

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª, EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMIREZ Y COMP.ª
Pasaje de Escudillers, núm. 4.

MARÍA MENOTTI

Ó

LA LOCA DE LOS ALPES

MELODRAMA DE ESPECTÁCULO

en un prólogo y cinco actos

POR

ALFREDO MORENO GIL

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO DE CATALUÑA
EN DICIEMBRE DE 1886

BARCELONA—1889

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª, EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMIREZ Y COMP.ª
Pasaje de Escudillers, núm. 4

Esta obra es propiedad de D. Ignacio Elías y nadie podrá, sin su permiso, traducirla, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de D. Eduardo Hidalgo, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

TÍTULOS DE LOS ACTOS

PRÓLOGO.	LA CABAÑA DEL BUHONERO
ACTO PRIMERO.. .	EN EL PATIO DE LA HOSTERÍA
ACTO SEGUNDO. . Cuadro primero. .	¡POBRE MADRE!
ACTO SEGUNDO. . Cuadro segundo. .	LOS ALPES
ACTO TERCERO. .	UN NUEVO CRIMEN
ACTO CUARTO. . .	LA FUGA
ACTO QUINTO. . .	LA EXPIACIÓN

REPARTO

Personajes.	Actores.
Marieta..	Sras. D.ª Carlota de Mena.
Luisa.	» Concepción Ferrer.
Amelia..	» Adelina Sala.
Sra. Catalina.. . .	» Anita Monner.
Rosina.	» Dolores Delhom.
Josefina.	» Elvira Morera.
El Doctor Montebello.	Sres. D. Antonio Tutau.
Jacobo.	Martí.
Roberto..	Nieto.
Pablo.	Borrás.
Picolín.	Capdevila.
Tomás.	Llibre.
Carlos.	Oliva.
Adriano.	Esteve.
Sr. Marcelo. . . .	Daroki.
Un Mendigo. . . .	Monner.

Bandidos, Carabineros, Guarda-bosques, Cocheros, Arrieros, Criados del castillo, Aldeanos, Aldeanas, etc., etc.

La acción en el Piamonte (Italia), en el primer tercio de este siglo.

Derecha é izquierda la del actor

PRÓLOGO

Bosque sombrío de robles y pinos cerca de la villa de Lucerna. A la izquierda una cabaña con puertas laterales y una ventana en el fondo. Dentro de la cabaña una mesita rústica y dos taburetes á los lados. Un hacha de leñador colgada en la pared. (Entiéndase por derecha é izquierda la del actor).

ESCENA I

JACOBO, *después* TOMÁS *y un* MENDIGO

Momentos después de levantarse el telón aparece Jacobo por la derecha, cargado con su caja de buhonero: cruza la escena y entra en su cabaña. Tomás y el Mendigo aparecen luego por detrás de la cabaña. Tomás se acerca á la puerta y convencido de que está solo Jacobo vuelve hacia el foro y despide al Mendigo, que se oculta por el fondo derecha. Observa los alrededores y por fin se decide á entrar en la cabaña.

TOMÁS. ¡Buenas tardes, señor Jacobo! *(Desde la puerta).*

JACOBO. *(Que estará arreglando en la mesa su caja de buhonero).* ¡Calle!...! eres tú, buena pieza! ¿qué malos vientos te traen por aquí?

TOMÁS. Pasaba por el monte y como os ví desde lejos entrar en la cabaña, dije... voy á saludar al señor Jacobo y de paso... á echar un párrafo con él. *(Marcando esto mucho).*

JACOBO. Muy atento te has vuelto de poco tiempo á esta parte.

TOMÁS. Conque... si me permitís que descanse un rato...

JACOBO. ¡Hombre!... lo que es eso no cuesta mucho: y á mí... ¡no pidiéndome dinero ni cosa que lo valga!... Y no porque sea ruín ni miserable, sino porque los pobres no deben ofrecer lo que no pueden dar.

TOMÁS. ¡Es verdad! *(Sentándose).*

JACOBO. Conque vamos á ver ¿de dónde sales tú ahora?

TOMÁS. Pues vengo de una casa de campo que está más allá de Lucerna. Hace unos días que entré allí de criado y mi amo que está enfermo, me manda á Pignerol con una carta para un médico amigo suyo, con el objeto de que vaya á visitarle.

671587

JACOBO. Ya comprendo.

TOMÁS. Pero al salir de Lucerna me he separado del camino real y he tomado por el atajo para acortar el camino.

JACOBO. ¡Ya!

TOMÁS. ¡Y en verdad que no he estado muy acertado que digamos! porque al bajar del montecillo he dado un paso en falso y me he torcido un poco este pie.

JACOBO. Ya decía yo que me parecía que cojeabas al entrar.

TOMÁS. De todos modos si encontrara á alguno que fuera á Pignerol á llevar la carta que traigo, le pagaría de buen grado el viaje y le quedaría agradecido.

JACOBO. Difícilmente encontrarás por aquí pasajero alguno; y lo que es yo... si estuviera aquí mi madre...

TOMÁS. ¿De manera que ahora... estáis aquí completamente solo? *(Con marcada intención).*

JACOBO. ¡Hombre!... lo que es ahora, no, porque estoy contigo.

TOMÁS. Lo que no comprendo, es como podéis vivir en una cabaña tan solitaria y en medio del monte.

JACOBO. Pues es muy sencillo: mi padre, como sabes, era leñador. Ahí tienes todavía el hacha con que trabajaba, adornando esa pared como si fuera un escudo de armas.

TOMÁS. ¡Pero como vos no sois leñador!...

JACOBO. Cierto que no; pero mi anciana madre tiene cariño á estas viejas paredes, y no quiere separarse de ellas. Además, hoy para mi profesión de mercader ambulante ó de buhonero, como otros dicen, me conviene estar entre la ciudad, donde hago mis compras, y los pueblos de alrededor donde los vendo.

TOMÁS. ¡Claro! ¡si fuerais obrero como antes!... ¡ya sería otra cosa!

JACOBO. ¡Es verdad! con pena lo recuerdo! los diez años mejores de mi vida! los he pasado en la mejor fábrica de Pignerol, hasta que la rueda de una máquina me inutilizó este brazo, *(Señalando el izquierdo).* y gracias que quedé para contarlo.

TOMÁS. ¡Percances del oficio! ahí tenéis porque yo tengo tan poca ley al trabajo.

JACOBO. Calla... mala pécora, y no profanes lo que no eres capaz de comprender! ¿Hay algo por ventura que no tenga sus quiebras?

TOMÁS. ¡Ya!... ¡pero eso de romperse un brazo!...

JACOBO. Como á tí te romperán la cabeza el mejor día si no tratas de sentarla algo más de lo que la tienes.

TOMÁS. Gracias por el aviso. *(Breve pausa. Levantándose).* ¿Conque decís que no pasará ya nadie por aquí que pudiera llevar mi carta?

JACOBO. ¡Lo dudo mucho! A no ser que fuera...

TOMÁS. ¿Quién? ¿algún leñador?

JACOBO. No.

TOMÁS. ¿Algún arriero?

JACOBO. ¡No hombre, no! Una joven con su hija que va todos los sábados á Pignerol á entregar su trabajo de costura, y que siempre entra aquí á descansar un rato.

TOMÁS. ¿Una joven? (*Con encubierta intención*).

JACOBO. Sí; una pobre muchacha que hace algunos meses vive en Luserna, y que para mantenerse ella y su hija pasa la pobre noche y día con la aguja en la mano.

TOMÁS. ¿Y decís que entra á descansar aquí?

JACOBO. Es natural: la jornada es bastante larga para hacerla de un solo tirón.

TOMÁS. (*Sentándose*).
En ese caso, lo mejor será esperarla y si va á la ciudad y quiere encargarse de llevar mi carta...

JACOBO. ¡Ya lo creo que lo haría!... Pero no me había fijado en que ya va siendo tarde para ir á la ciudad y luego volver; y esto me hace pensar que tal vez habrá dejado su viaje para otro día.

TOMÁS. ¡Oh!... (*Con marcado disgusto*).

JACOBO. ¿Qué?

TOMÁS. (*Disimulando*).
Nada, digo que esto me contraría... porque... En fin, aguardaré un rato... y si no viene bajaré al camino real á ver si encuentro algún arriero que me ahorre la caminata. (*Se sienta otra vez*).

JACOBO. Es lo que puedes hacer mejor.

TOMÁS. Y entre tanto... (*Con marcada intención*). si queréis...

JACOBO. ¿Qué?

TOMÁS. Que soltaremos la lengua... y hablaremos algo de provecho.

JACOBO. ¡Hablando estamos!

TOMÁS. ¡Ya! pero no de cosas... que tengan verdadero interés para nosotros.

JACOBO. ¿Y qué cosas pueden ser esas?

TOMÁS. Como hasta ahora os lo habéis dicho todo y no me habéis dejado meter baza...

JACOBO. (*Sentándose en frente al otro lado de la mesa*).
¡Vaya, hombre! ¡echa por esa boca!

TOMÁS. Pues es el caso, señor Jacobo .. que se presenta un buen negocio.

JACOBO. ¿Un negocio? (*Siempre con recelo*).

TOMÁS. Sí señor.

JACOBO. ¡Bueno será .. siendo tuyo!

TOMÁS. Pero como ahora se trata... de hacer una buena acción.

JACOBO. De una buena acción... ¿y te la han encomendado á ti?

TOMÁS. Precisamente.

JACOBO. ¡Poco te conocen!

TOMÁS. ¡Gracias por el favor!

JACOBO. ¡No te hago más que justicia!... En fin, veamos... esa buena acción.

TOMÁS. Pues se trata... de proteger á una inocente.

JACOBO. ¿Eh? ¿y tú?...

TOMÁS. ¡Yo! ¡sí señor!

JACOBO. ¡Adelante!
TOMÁS. De devolver una hija... á su padre.
JACOBO. De devolver una hija...
TOMÁS. A su padre.
JACOBO. ¡Ya... ya lo he oído! *(Pausa).*
¿Y quién es esa hija?
TOMÁS. ¡No lo sé!
(Pausa. Los dos se quedan mirando: después Jacobo le pregunta con el mismo tono de duda).
JACOBO. ¿Y quién es su padre?
TOMÁS. Tampoco lo sé. *(Nueva pausa).*
JACOBO. Pues no es mucho lo que sabes.
TOMÁS. *(En tono confidencial y muy marcado).*
Yo sólo sé... que es lo único que puede interesarnos, que un desconocido..., ocultando misteriosamente, como es natural, el nombre del padre, nos ofrece tres mil liras...
JACOBO. ¿Por robar esa niña? *(Levantando).*
TOMÁS. ¡Eso es!
JACOBO. *(Refrenando su enojo).*
¿Y tú has dicho: para ocultarla en sitio seguro, ó para combinar ese plan... *(Movimiento de Tomás).*
ó para lo que sea, que poco me importa, nada mejor que la cabaña de Jacobo que está aislada en medio del monte!
TOMÁS. No es eso precisamente... pero...
JACOBO. *(Interrumpiéndole y reprimiéndole aún).*
¡Sí, hombre, sí!... ¡si ya lo comprendo todo!
(Con creciente exaltación).
¡Miserable!... ¿Cuándo has podido tú imaginar siquiera que un honrado obrero, pueda convertirse en un bandido!...
(Cogiendo el hacha que está colgada en la pared y amenazándole con ella).
Por el hacha de mi padre, que aun tengo fuerte este brazo para darte con ella el castigo que mereces!
TOMÁS. ¡Señor Jacobo!
(Retrocediendo. Momentos de profunda sensación. Jacobo se tranquiliza gradualmente y arroja el hacha; después dominando por completo á Tomás le dice con tono más reposado).
JACOBO. Oye, Tomás, y no olvides nunca lo que voy á decirte. Te perdono la ofensa que acabas de hacerme, no por tí, sino por tu pobre padre á quien tuve siempre particular afecto; pero no te cruces otra vez en mi camino porque sería fácil que el encuentro te fuese funesto.
TOMÁS. *(Con hipócrita humildad y temor).*
¿De manera que si usted cree?...
JACOBO. *(Con dignidad).*
¡Yo creo... lo que debo creer, y basta... y sobra!
(Breve pausa).
TOMÁS. ¡Bueno!... ¡bien está!... ¡Para convencer á uno de una cosa... no es preciso exaltarse de ese modo! Me desen-

tenderé de ese negocio... perderemos... las tres mil liras... y que ellos... es decir, los otros... allá se las avengan!

JACOBO. ¡Eso es lo mejor de todo!

TOMÁS. Me decido á llevar yo mismo la carta á Pignerol. ¿Queréis algo? *(Desde la puerta).*

JACOBO. No, nada.

TOMÁS. Buenas tardes, señor Jacobo. *(Vase).*

JACOBO. Buenas tardes: y que Dios te guíe... que bien lo necesitas.

(Sale Tomás cerrando la puerta. El Mendigo aparece por la derecha, hace una seña á Tomás señalando hacia este lado, como si viniera alguien y Tomás, siempre con mucha precaución, observa hacia la derecha ocultándose entre los árboles. Después se acerca al Mendigo que le dará la manta que trae puesta, ocultándose luego éste por detrás de la cabaña. Tomás desaparece por el foro derecha. Todo esto con la mayor rapidez).

ESCENA II

JACOBO *en la cabaña, después* MARIETA *por la derecha con una* NIÑA *de tres años y un lio de ropa en el brazo.*

JACOBO. *(Dentro de la cabaña).* ¡Desgraciado!... ¡No pienses que creo mucho en tu arrepentimiento. Cuando el recuerdo de tus padres no ha conmovido tu corazón, nada bueno debe esperarse de tí!

MARIETA. *(Aparece muy fatigada con la niña en los brazos).* ¡Qué subida tan penosa! ¡qué calor tan sofocante! ¡Apenas se puede respirar! Tal vez estén en su cabaña la señora Marta ó el señor Jacobo, y allí podré descansar un rato. ¡Veamos! *(Se acerca y llama á la puerta).*

JACOBO. ¿Quién va?

MARIETA. ¿Se puede entrar?

JACOBO. ¡Adelante!

MARIETA. Buenas tardes, señor Jacobo. *(Entrando).*

JACOBO. ¿A estas horas por el monte?

MARIETA. El calor, en efecto, se deja sentir demasiado.

JACOBO. ¡Ya lo creo!

MARIETA. Y como la cuesta del montecillo es tan pendiente...

JACOBO. Descansad aquí, que bien lo necesitáis. *(Ofreciéndola un taburete).* ¡Siempre con la niña en brazos!

MARIETA. ¡El camino es tan largo, y la pobrecita se cansa tanto!...

JACOBO. ¿Se ha quedado dormida, ¿eh?

MARIETA. Sí, señor; mirad.

JACOBO. ¿Qué hermosa es!... ¡Que Dios la bendiga!

MARIETA. ¡Gracias, señor Jacobo!

JACOBO. Pues ya que duerme, si queréis echarla en la cama de mi madre, descansaríais mejor las dos el tiempo que estéis aquí.

MARIETA. ¡Sois demasiado bondadoso con nosotras!

JACOBO. ¡Qué bondad, ni qué... ¡Vaya, vaya!

MARIETA. ¡Muchas gracias! *(Entra por la izquierda).*

JACOBO. ¡Pobre joven! ¡apostaría cuatro contra ocho á que esa hermosa niña es á la vez su alegría y su pesar! ¡No sé por qué, pero al contemplar su triste abatimiento antójaseme creer que esa joven oculta algún secreto que la hace sufrir. ¡Cuando las cosas no se dicen... la prudencia aconseja que no se pregunten!
(Aparece Marieta en la puerta).
No se ha despertado la niña, ¿eh?

MARIETA. No, señor; acababa de dormirse cuando llegué aquí.

JACOBO. Y que los angelitos cuando cogen el sueño ya tienen para rato.
(Marieta se sienta en un taburete enjugando el sudor de su frente).
¡Me parece que venís más fatigada que otros días! ¿Estais mala?

MARIETA. No. señor; pero anoche apenas pude descansar un par de horas por terminar el trabajo que debo entregar hoy. *(Señalando el lío de ropa).*

JACOBO. ¡Pero eso ya es demasiado!

MARIETA. ¡La necesidad nos obliga á tanto!...

JACOBO. ¡Ya! pero si por abusar así, cayeseis enferma...

MARIETA. ¡Oh! ¡no lo quiera Dios! ¿Qué sería entonces de mi Luisa? ¡Hija de mi alma!

JACOBO. ¡Bah! ¡no hay que pensar en eso, que para algo estamos todos en el mundo! Las desgracias de un pobre podrán pasar desapercibidas por un rico, pero; para otro pobre!... ¡eso sí que no puede ser!

MARIETA. ¡Ya sé que tanto vos como vuestra madre tendríais compasión de mi pobre hija!

JACOBO. *(Con cariñosa ternura).*
¡Pues ya lo creo que sí! ¡El que no se compadece de una criaturita... ni tiene corazón, ni buenos sentimientos, ni!... ¡Pero á qué viene ahora pensar en esas cosas! *(Dominando su tierna expresión).*

MARIETA. ¡Tenéis razón! *(Breve pausa).*
¡Por lo que veo, ha salido vuestra madre!

JACOBO. Ha ido á Pignerol á hacer unas compras, pero no tardará ya en volver. ¡Por cierto que, recordando que era sábado estuvo esperándoos un buen rato; pero viendo que ya se hacía tarde y empezaba á picar el sol creímos que ya no vendríais hoy por acá, y se fué sola!

MARIETA. No he venido por la mañana por dejar concluída mi labor.

JACOBO. Pues si vais á la ciudad y habéis de volver esta misma

tarde, será muy de noche cuando paséis por el montecillo.

MARIETA. No, señor; no pienso ya volver á Lucerna; me quedo en Pignerol.

JACOBO. Ya: si tenéis allí... algún pariente, mejor viviréis en la ciudad que sola en la aldea.

MARIETA. No, señor; no tengo pariente alguno, ni conozco á nadie.

JACOBO. ¿Sois... huérfana?

MARIETA. Sí, señor; á los quince años perdí á mi madre, y á mi padre apenas le he conocido; ¡era yo tan niña cuando murió!... *(Llora. Pausa).*

JACOBO. ¡Pobrecilla! *(Conmovido. Aparte).*
¿De manera que... *(Alto).*

MARIETA. ¡Que vivo sola en el mundo, sin tener más que á mi pobre hija á quien volver los ojos!

JACOBO. Pero bien, como es natural, vuestra hija tendrá...
(Marieta baja avergonzada la cabeza. Jacobo, reconociendo su imprudencia, no se atreve á pronunciar la palabra «padre» que iba á decir y se queda contemplándola con mirada compasiva).

MARIETA. No, señor; nadie. *(Enjuga sus lágrimas. Pausa).*

JACOBO. ¡Vaya! ¡no hay que llorar, ni apurarse de ese modo, que unos más y otros menos todos tenemos en el mundo algún descosidillo que reparar!

MARIETA. ¡Hija de mi corazón! *(Llorando).*

JACOBO. ¡Bah! ¡bah! ¡vais á hacer que yo también...
(Dominando su sentimiento).
¡Voto al chápiro!... ¡pues no faltaba más sino que yo ahora, por meterme en donde no me llaman, vaya á daros un mal rato y...

MARIETA. *(Tranquilizándose).*
No, señor, al contrario; y lo que siento es que no esté aquí vuestra buena madre. En la situación en que me encuentro, había ya pensado aconsejarme de los dos, para que no me arrebaten la única dicha que me queda en el mundo, mi pobre hija!

JACOBO. ¡Eh!... ¿Robaros vuestra hija?

MARIETA. ¿Os asombra, no es cierto?

JACOBO. ¿Robar á?... *(Muy preocupado).*

MARIETA. ¿No es verdad que eso sería una nueva infamia que acabaría de destrozar mi corazón?

JACOBO. ¡Qué sospecha!... ¿sería tal vez... *(Aparte).*
(Se dirige hacia la puerta y observa).

MARIETA. ¿Qué es eso?

JACOBO. *(Reponiendo su turbación).*
No; nada, nada; tranquilizaos! creía que llegaba alguien!... Podéis hablar sin temor alguno y confiad en que tanto mi madre como yo nos interesaremos siempre por vos y por vuestra querida hija.

MARIETA. ¡Oh! ¡gracias, señor Jacobo!

JACOBO. Hablad, sí, hablad; ahora soy yo quien os lo ruega.
(Breve pausa).

MARIETA. Hace cuatro años, poco tiempo después de perder á mi madre, vivía con una pobre anciana, que me recogió, en una modesta aldea, cerca de Salúss. Una tarde que regresaba de una casa de campo próxima, á donde había ido á llevar un canastillo de fruta, encontré en el camino á unos señores que iban de cacería al monte y les guié hasta la aldea, donde descansaron aquella noche. Dos días después, al regresar de la cacería, uno de ellos permaneció algún tiempo en la aldea. Cuando supo mi orfandad y la triste soledad en que vivía, se interesó mucho por mí y yo... sin amparo, sin protección alguna... confieso que me inspiró tanta confianza, tal afecto, que...

(Bajando la cabeza con natural rubor).

JACOBO. ¡Ya!... ¡ya comprendo!... ¡promesas!... ¡juramentos!... ¡Sí, sí! En fin, adelante: vamos á lo que interesa.

MARIETA. Después... *(Con el mismo rubor).*

JACOBO. Sí; después...

MARIETA. Sí, señor. *(Sin alzar la cabeza).*

JACOBO. ¡Ya! ¿y luego?...

MARIETA. ¡Desapareció... para no volverle á ver más! *(Llora).*

JACOBO. ¡Tunante!... Si hubiera siquiera una horca para cada uno de esos que... En fin, vamos al caso. Desapareció, y...

MARIETA. Sí, señor.

JACOBO. Pero al menos sabréis...

MARIETA. ¡Nada!

JACOBO. ¿Ni su nombre siquiera?

MARIETA. En las cartas que de él conservo, en esta cartera *(Sacándola del bolsillo).* sólo firma «Fernando»: hasta he llegado á dudar que no sea ése su verdadero nombre.

JACOBO. ¡Bien pudiera ser! también eso está en la cartilla.

MARIETA. A los pocos meses huí de aquel lugar tan funesto para *mí,* enrojecido mi rostro y desgarrado mi corazón. Así he pasado tres años de aldea en aldea con mi pobre hija hasta hace tres meses que llegué á Lucerna.

JACOBO. ¿Pero ese hombre... ignorará que tenéis una hija?

MARIETA. No, señor; yo así lo creí al principio, pero á los pocos días de llegar á Lucerna, se me presentó un hombre desconocido, diciéndome que venía en nombre suyo, y que si le daba mi hija, me entregaría una suma para que yo pudiera mantenerme... ¡Oh! ¿vender yo á mi hija? ¡Ah! ¡si esto es más infame todavía que haberme hecho más desgraciada para toda mi vida!

JACOBO. ¿Y ese desconocido no os descubrió nada respecto á ese hombre?

MARIETA. Nada; ocultóme su posición, su estado y hasta su nombre.

JACOBO. ¿Es decir...

MARIETA. ¡Que ignoro qué plan sería el suyo; lo único que puedo asegurar es que quería apoderarse de mi hija, abandonando á su madre! ¡Se avergonzaría de mí!... ¡Ah!

¡sí... sí! ¡todo lo merezco! La degradación, la vergüenza, la miseria, todo... todo lo arrostraría con resignación, que justo es mi castigo, pero separarme para siempre de ella... ¡Oh! ¡no, no! ¡esta sola idea sería capaz de volverme loca!

JACOBO. Tal vez, en vista de su negativa, desistiría de su propósito.

MARIETA. No, señor, no; indudablemente siguen mis pasos; he recibido después varias cartas sin nombre, persistiendo en su empeño, y ayer mismo volvió á presentarse en Lucerna ese joven desconocido, diciéndome que de grado ó por fuerza había de entregarle mi hija: luché desesperada, me negué á todo, y temeroso sin duda de que á mis voces acudiese alguno, huyó por fin. Esto es lo que me ha decidido á abandonar la aldea y dirigirme á la ciudad, donde no es tan fácil que puedan sorprenderme como en una pobre casa aislada en medio del campo.

JACOBO. ¿Y decís que era un joven el desconocido que ayer se presentó en vuestra casa?

MARIETA. Sí, señor.

JACOBO. ¿De regular estatura?... ¿ojos grandes?... ¿moreno?... ¿y con una cicatriz bastante pronunciada sobre la ceja del ojo izquierdo?

MARIETA. Sí, sí; eso es: ¡lo recuerdo perfectamente!

JACOBO. ¡Miserable!... ¡es él! ¡no hay duda!

MARIETA. ¡Eh! ¿Acaso conocéis.... (*Levantándose*).

JACOBO. ¡Tranquilizaos, hija mía! estando á mi lado, nada tenéis que temer.

MARIETA. ¿Pero sabéis...

JACOBO. Desechad todo recelo: yo mismo os acompañaré hasta la ciudad; el monte es solitario y podrían fácilmente sorprenderos.

MARIETA. ¡Oh! ¡gracias, gracias, señor Jacobo!

JACOBO. La tarde avanza y no debemos detenernos, coged á vuestra hija y partamos pronto.

MARIETA. ¡Hija mía!... ¡que Dios os recompense tanto bien como nos hacéis! (*Vase por la izquierda*).

ESCENA III

JACOBO *dentro, después el* MENDIGO *por detrás de la cabaña, luego* TOMÁS *y un* BANDIDO.

JACOBO. ¡Pobre madre! ¡no debo vacilar en acompañarla! esos miserables saben positivamente que este es su camino y tal vez la esperen en lo más espeso del montecillo para dar el golpe que intentan.

(*El mendigo, que habrá salido al mismo tiempo que Jacobo, ha quedado solo en la cabaña, observa un momento y se echa en el suelo, al pie de un árbol, frente á la puerta de la cabaña*).

MENDIGO. ¡Socorro! ¡favor!

JACOBO. ¡Eh!... ¡esas voces!... (*Escuchando*).

MENDIGO. ¡Favor! ¡socorro!

JACOBO. ¡Piden auxilio! ¡veamos!

[Sale de la cabaña, ve al mendigo en el suelo y se acerca á él para socorrerle; al bajarse, el mendigo le atrae hacia sí, le echa al suelo y le amenaza con un puñal; al mismo tiempo Tomás y el otro bandido se arrojan sobre él y le atan, tapándole la boca con un pañuelo, dejándole tendido en el suelo, oculto detrás de los árboles; Marieta aparece en la puerta de la izquierda].

ESCENA IV

Dichos, MARIETA *y la* NIÑA *dentro.*

MARIETA. ¡Me pareció haber oído gritos pidiendo socorro! ¡Jacobo ha salido! ¡Dios mío! ¡le habrá sucedido alguna desgracia!

(*Va á salir de la cabaña, y al abrir la puerta, se encuentra con Tomás y los bandidos; da un grito y retrocede dentro de la cabaña. Tomás y los bandidos se arrojan sobre ella, tapándole también la boca y atándola como á Jacobo. Marieta, en la lucha con ellos, se ha cogido á la manta con que viene envuelto Tomás, y éste cae al suelo quedando descubierto; recoge precipitadamente la manta y entra en la habitación de la izquierda; los bandidos, después de haber sujetado á Marieta, huyen por el foro derecha del bosque*).

NIÑA. ¡Mamá! ¡mamá! (*Dentro*).

(*Marieta lucha desesperadamente por romper sus ligaduras, al oir la voz de la niña. Tomás atraviesa la cabaña con la niña en brazos que sigue gritando «¡Mamá! ¡mamá!». Sale de la cabaña y desaparece por el foro derecha: Marieta, después de desesperados esfuerzos, se desata, arranca el pañuelo de la boca y con loca desesperación sale de la cabaña, siguiendo á los bandidos y á Tomás*).

MARIETA. ¡Aaaah!... (*Viéndose libre*).

¡Hija! ¡hija mía!... ¡Me la han robado! ¡me la han robado!... ¡Luisa!. . ¡Luisa!... ¡hija mía!... ¡hija!...

(*Desaparece gritando como una loca por el foro derecha, sin ver á Jacobo, que yace atado, tendido en el suelo. Cuadro*).

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Patio de una posada en una pequeña aldea, cerca de Biella, en los Alpes.

A la derecha, en primero y segundo término, la fachada de la posada, con una puerta; al lado, un farol, colgado de una palomilla de madera; en tercer término, un cuerpo saliente, que figura ser un cobertizo cerrado ó cochera, con puerta grande al costado.

A la izquierda, en primer término, la puerta de entrada al patio, y segundo término la fachada de las cuadras, con una puerta pequeña; encima de esta puerta un gran cobertizo, cuyo fondo estará cerrado (para poder ocultar detrás un coche); debajo de este cobertizo un banco largo.

En el fondo, la pared que cierra el patio, con una puerta en el centro que dá al campo. Entre esta pared y la del fondo de la cuadra, quedará espacio suficiente para que pueda pasar un coche, que después desaparecerá por la puerta grande de la cochera, que está enfrente á la derecha. La puerta que cierra este paso al patio, figura que está dentro, á la izquierda.

Por detrás de la pared del fondo, que será baja, se ve la montaña (un poco nevada), con algunas sendas practicables.

En primer término izquierda, una mesa, con jarro con vino y vasos; taburetes de madera á los lados; en primer término derecha, un banco grande.

La acción empieza á la caida de la tarde y termina de noche.

ESCENA I

La señora CATALINA *aparece en la primera puerta de la derecha.* TOMÁS *y el* BANDIDO 1.°, *disfrazados de carreteros, bebiendo en la mesa.* ROSINA *dentro; varios* ALDEANOS *y* ARRIEROS, *ocupados en las faenas propias de una posada; unos entran y salen de la cuadra con arneros, arreos de caballerías, etc.; otros conducen grandes sacos por la puerta primera de la izquierda, que está á la entrada del patio.* (*Procúrese dar animación á este cuadro en las primeras escenas del acto*).

CATALINA. ¡Vamos, Rosina, despacha pronto; que la tarde se nos echa encima!

ROSINA. ¡Allá voy! (*Dentro*).

CATALINA. No te olvides de poner el farol en la escalera.

ROSINA. ¡Si ya está! (*Dentro*).

CATALINA. Bien, mujer, bien. (*Volviéndose hacia la escena*). ¡Tengo ya la cabeza como una devanadera!

TOMÁS. ¡Mucho belén hay hoy en la posada!

CATALINA. Como mañana esperamos mucha gente de Novara, con motivo del entierro del señor Marqués.

TOMÁS. ¿Y qué señor Marqués es ese?

CATALINA. Pues el amo de un castillo muy antiguo que está en medio de la montaña.

TOMÁS. ¡Ya! ¿habrá muerto allí y...

CATALINA. No, señor; ha muerto en Novara pero vienen á enterrarle al panteón que allí tiene la familia, según nos ha dicho el señor Doctor.

TOMÁS. Como somos forasteros no sabemos nada de eso.

CATALINA. ¿No han estado nunca en este país?

TOMÁS. No, señora; comerciamos en granos y sólo nos detiene aquí un compañero á quien esperamos para ir esta tarde á Biella.

CATALINA. Pues no deben detenerse mucho.

TOMÁS. Pues en cuanto llegue nuestro compañero...

CATALINA. Es lo mejor que pueden hacer; porque lo que es hoy, aunque quisiera, no podría darles habitación; el señor doctor ha dispuesto de toda la posada y no quiere que esta noche quede nadie aquí; porque como al anochecer ha de llegar el coche donde viene el cuerpo del señor Marqués, que en paz descanse...

TOMÁS. Es natural; querrá que no haya ruído en la posada y...

CATALINA. Eso es.

ESCENA II

Dichos. ROSINA *por la primera puerta de la derecha; después* JOSEFINA, *con una cesta cubierta con un paño blanco, por la primera puerta de la izquierda; luego* ADRIANO *y el señor* MARCELO *por este mismo lado. (El señor* MARCELO *es un respetable anciano de noventa años; el dejillo constante que tiene de «¡je! ¡je!» es una ligera sonrisa, propia de la edad.*

ROSINA. ¡Ya está todo como una ascua de oro! *(Saliendo).*

CATALINA. ¿Has puesto las cortinas blancas en la puerta de la sala?

ROSINA. ¡Sí, señora!

CATALINA. ¿Y el tapete verde en la mesita de?...

ROSINA. ¿Pues no digo que ya está todo?

CATALINA. Bueno, bueno; ya sabes que no quiero que falte nada al señorito Pablo.

(Volviéndose y viendo entrar á Josefina con la cesta). ¡Ah! ¿eres tú, Josefina?

(Cogiéndola la cesta y sentándose en el banco de la derecha para examinar su contenido).

¡Bien, bien! esto es; solomillo, huevos, manzanas ¡ah! dile á tu madre que no se olvide de mandarme mañana muy temprano los pollos que me ha dicho.

JOSEFINA. Bien.

(Queda detrás con Rosina. Aparecen Adriano y el señor Marcelo: éste viene cogido de su brazo y apoyado en un bastón muleta).

ADRIANO. Buenas tardes, señora Catalina. *(Entrando).*

CATALINA. ¡Buenas tardes, Adriano!

Hola, señor Marcelo; ¡se ha salido á dar un paseíto!

MARCELO. ¡Qué hemos de hacer! ¡je! ¡je! Como que ya no servimos para otra cosa!

ADRIANO. Siéntese, padre.

CATALINA. ¡Si, aquí, aquí! *(Se sienta al lado de Catalina).*

MARCELO. ¡Muchas gracias! ¡je! ¡je!

CATALINA. Tenéis un hijo muy bueno! siempre acompañando á su viejecito!

MARCELO. ¡Je! ¡je! ¡Dios se lo premiará! ¡que el que honra y protege en la ancianidad á sus padres! ¡je! ¡je! ¡nunca le abandona Dios!

CATALINA. Es verdad, señor.

ADRIANO. Pues, Josefina me ha dicho que queríais verme, y por eso.

CATALINA. Sí, hijo mío, sí; te he mandado á llamar para que mañana á primera hora vinieseis á ayudarme en las faenas de la posada.

ADRIANO. ¡Vaya! ¡pues, si no es más que eso!...

CATALINA. Como tú estás ya enterado de todo este tragín, y mañana, con motivo de los funerales del señor Marqués, pasarán por aquí muchos señores de Novara.

ADRIANO. Sí, señora, sí; antes de salir el sol ya estaré yo aquí.

MARCELO. ¿Es decir, que van á enterrarle en el panteón del castillo?

CATALINA. Eso es lo que nos ha dicho el señor Doctor: aquí llegarán con el coche funerario al anochecer; pero como hay luego más de dos horas para subir al castillo se detendrán aquí esta noche para salir mañana de madrugada; por esto estamos preparándolo todo para el señorito Pablo, que es el que viene desde Novara acompañando el cadáver de su señor tío.

TOMÁS. ¡Chist! calla y escucha. *(Bajo al bandido).*

MARCELO. Ya comprendo; cómo habían de andar de noche por esos vericuetos... ¡je! ¡je! con este tiempo tan revuelto.

ADRIANO. Pues yo creí que habiendo sido el señor Marqués tan amigo del señor Doctor, pasaría en su casa esta noche la comitiva.

TOMÁS. ¡Eh!... ¡diablo! ¡si se les ocurre ahora!... *(Aparte).*

CATALINA. ¿Y cómo quieres que vaya á subir el coche hasta el nido del águila que es donde vive el señor doctor?

ADRIANO. Es verdad.

(Volviéndose de manera, y natural, que quede de frente á Tomás).

¡Olvidaba que allí no pueden subir carruajes!

TOMÁS. ¡Caramba!... ¿y ese buen señor vive en un nido de águilas! *(En tono de broma).*

ADRIANO. ¡Ya lo creo que sí!... pero es que ese nido... no es un nido, sino una casa más preciosa y más repulida!... pero la llaman el nido del águila porque está en la parte más alta de una roca, á donde solo se puede subir á pie, dando vueltas y revueltas por una vereda muy estrecha. Desde aquí se vé.

(Señalando al interior del foro derecha).

Allá... en lo alto... de lo más alto... ¡aquella torre que parece un campanario!

TOMÁS. Ya la veo; ¿y la cima de esa roca tan elevada?...

ADRIANO. Es el nido del Aguila.

TOMÁS. En efecto, que para subir allí...

ADRIANO. Y como ese sitio es tan solitario y tan pintoresco y tan... pues... por eso le gusta vivir allí; porque, lo que él dice: «aquí nadie me incomoda;» y entre sus libros, sus frascos de medicinas y sus perros, pasa la vida tranquilamente.

TOMÁS. ¡Hombre!... ¿entre sus perros también?...

ADRIANO. ¡Anda, anda! pues si son dos animales, tamaños de alzada, con perdón sea dicho de los presentes, que no les falta más que hablar.

TOMÁS. ¡Quién sabe si con el tiempo!... ¡Siendo tan sabio su amo!...

ADRIANO. ¡Puede! porque lo que el señor Doctor no haga con Zegrí y Nelsón... que no venga otro á hacerlo.

TOMÁS. ¿Zegrí y Nelsón?

ADRIANO. Sus perros.

TÓMÁS. ¡Ah! ¡ya!

ADRIANO. ¡Pues claro que sí!

Dá media vuelta y va á reunirse al grupo que forman Rosina y Josefina detrás de Catalina y del Sr. Marcelo, que han seguido hablando sentados en el banco.

MARCELO. (*A Catalina*). De manera que el señorito Pablo... ¡je! ¡je! ¿será el único heredero de su tío, el señor Marqués?

CATALINA. No, señor.

MARCELO. ¿No?

CATALINA. Me explicaré: ya sabéis que hacía muchos años que el señor Marqués no venía por aquí, hasta hace cosa de dos meses, que llegó una tarde á casa del señor Doctor.

MARCELO. Si, ya recuerdo...

CATALINA. Pues bien; su ayuda de cámara, persona de toda su confianza, se quedó aquí charlando conmigo, y hablando del señorito Pablo, á quien todos queremos tanto; le dije yo que cuando el señor Marqués faltase, como desgraciadamente ha sucedido, le dejaría heredero de su inmensa fortuna, y él me contestó, que el señor Marqués no había hecho ni quería hacer testamento alguno.

MARCELO. ¡Es muy extraño eso! ¡je! ¡je! mucho más queriendo al señorito Pablo como á un hijo.

CATALINA. ¡Manías de esos señores! y como la herencia es de tantos millones... (*Siguen hablando*).

ROSINA. (*A Josefina*). ¡Pues díselo á tu madre y vente mañana también por aquí!

JOSEFINA. Bueno.

(*Váse corriendo por la primera puerta izquierda*).

CATALINA. ¡Sí, señor! ¡una fortuna considerable! (*A Marcelo*).

ADRIANO. (*Á Rosina*).
¡Anda, anda Rosina! y qué maja que vas á estar mañana!

ROSINA. ¡Pues ya lo creo que sí!

ADRIANO. ¡Como vendrán tantos señorones!

ROSINA. ¡Como hace tres meses cuando el entierro de la señora Marquesa!

ADRIANO. Y vaya si te pegaba bien aquella saya verde con aquellos rametones tan... (*Siguen hablando*).

MARCELO. (*A Catalina*).
Pero no teniendo hijos el señor Marqués... ¡je!... ¡je!...de todos modos vendrá la herencia á su pariente más próximo, que es el señorito Pablo.

CATALINA. Pero como el señor Marqués tiene otro sobrino carnal!..

MARCELO. ¿Sí, eh?

CATALINA. Sí señor; ¡yo estoy enterada de todo!... El señorito Pablo es hijo de una hermana del señor Marqués, á quien quería muchísimo y cuando quedó huérfano, siendo muy niño, le recogió el señor Marqués, y nunca se ha separado de él.

MARCELO. Sí; ya sé que...

CATALINA. Pero el señor Marqués tenía además otro hermano que era, como digo, el señor Barón de Casarta.

MARCELO. ¡Yá!

CATALINA. Y como este hermano se casó con una mujer... (*Bajando la voz*)
muy á disgusto de la familia, porque... (aquí para entre nosotros) dicen que si era,... ó no era... muy ligera de cascos... y muy derrochadora, y... en fin, ya sabéis que á mí no me gusta murmurar de nadie pero hay cosas que... ya me comprenderéis.

MARCELO. Si señora.

TOMÁS. ¡Vieja más habladora! (*Aparte*).

CATALINA. El caso es que los dos hermanos apenas se trataban, porque la señora Marquesa era toda una señora de principios muy rígidos y de un carácter muy severo: como que dominaba por completo al señor Marqués y no pasaba por nada que no fuese recto y... Pero ya os he dicho que á mí no me gusta meterme en vidas ajenas y!... Pues bien; el señor Barón murió dejando un hijo, y este hijo es, por lo tanto, sobrino carnal del señor Marqués, como el señorito Pablo.

MARCELO. Pero tal vez en sus últimos momentos...

CATALINA. ¡Quiá! ¡si ha muerto casi de repente! ¡En horas, según creo! ¡Ay, señor Marcelo!.. cuando la mala entra en una casa!

MARCELO. ¿Y á qué hora será mañana el entierro en el castillo?

CATALINA. No lo sé: Picolin ha subido á casa del señor Doctor con unas cartas que han traído de Novara, y cuando baje, él nos enterará de todo. ¡Por cierto que ya tarda demasiado!
(*Levantándose y viendo á Rosina de conversación con Adriano*).

Vaya, hijos míos, vaya; basta de palique, que charlando no se hace nunca nada bueno. (*A Rosina*).
¿Se han marchado ya con los machos los arrieros?

ROSINA. Sí señora.

CATALINA. Adriano, mira á ver si está ya la cuadra desocupada.

ADRIANO. Al momento.
(*Observa desde la segunda puerta de la izquierda*).

ROSINA. ¡Si hace ya más de media hora que salieron!

CATALINA. Bueno, bueno: con verlo basta.

ADRIANO. (*Volviendo desde la puerta*).
Ni un solo animal ha quedado ya dentro.

CATALINA. Corriente.

ADRIANO. (*Viendo aparecer en la puerta á Picolín*).
¡Ya está aquí Picolín!

CATALINA. ¡Gracias á Dios!

ESCENA III

Dichos, PICOLÍN *por la primera puerta de la derecha, entrando deprisa, pero con mucho recelo, temeroso de encontrar ya allí el furgón de la Funeraria.*

PICOLÍN. No... no han venido todavía, ¿eh?

ADRIANO. ¿Quién?

PICOLÍN. ¿Quién?... El... ¡el muerto! (*Mirando por todas partes*).

ADRIANO. ¡No, hombre, no!

PICOLÍN. ¡Ay!... (*Suspirando*).

ADRIANO ¡Pues no traes tú poco susto dentro del cuerpo!

PICOLÍN. Cada uno trae siempre... lo que tiene!

CATALINA. Pero ¿qué te pasa?

PICOLÍN. ¡Ay, señora Catalina! ¡El señor Marqués... se ha muerto de veras!

CATALINA. ¡Vaya unas salidas!

PICOLÍN. ¿Y á eso llama usted una salida, señora Catalina?

CATALINA. ¡Quiero decir, que eso ya lo sabíamos!

PICOLÍN. Si, pero...

CATALINA. ¿Qué?

PICOLÍN. ¡Que no es eso lo peor!

TODOS. ¡Eh!

PICOLÍN. ¡Que vamos á dormir aquí con el coche de los difuntos!

ROSINA. ¡Ay qué miedo! pues lo que es yo...

PICOLÍN. ¡Y yo también!

CATALINA. ¿Y qué tenemos con eso?

PICOLÍN. Pues tenemos que yo me encierro en el pajar y no salgo de allí aunque le prendan fuego.

CATALINA. ¿Y qué te ha dicho el señor Doctor? vamos á ver
(*Todos le rodean*).

PICOLÍN. Pues... sí señora, sí: me ha dicho todo eso.

ADRIANO. ¿Que tengas miedo á los muertos?

PICOLÍN. No; eso me lo digo yo, es decir, no me lo digo tampoco porque ya lo tengo sin decírmelo.

CATALINA. ¡Pero, hombre!...
PICOLÍN. Voy, voy á explicarme, señora Catalina. El señor Doctor ha leído las cartas que le he subido y me ha dicho...
TODOS. ¿Qué? ¿qué? (*Con curiosidad*).
PICOLÍN. Que no ocurre nada de particular.
CATALINA. ¡Hombre!
PICOLÍN. Es decir, que esté todo preparado como ha dispuesto y nada más; que el señorito Pablo llegará esta tarde con el fu... fu... *furgón funerario* y... ¡ay!... señora Catalina!...
CATALINA. ¿Y qué más?
PICOLÍN. Que el señorito Pablo, quiere pasar la noche velando el cadáver de su tío el señor Marqués.
CATALINA. ¡Es muy natural!
PICOLÍN. Que su otro sobrino el señor Barón de Casarta también pasará esta tarde por aquí, pero que no se detendrá más que un momento, porque debe llegar esta noche al castillo para prepararlo todo para mañana.
CATALINA. Ya comprendo...
PICOLÍN. Bueno; y en fin...
CATALINA. ¿Qué?
PICOLÍN. Que nada más que eso ¿os parece poco todavía? señora Catalina?
CATALINA. Bien, bien: nada faltará al señorito Pablo. (*Se deshace el grupo*).
PICOLÍN. ¡Ay, Rosina! Rosina, (*Acercándose á ella*). qué miedo vamos á pasar esta noche!
ROSINA. ¡El caso no es para menos!
PICOLÍN. Yo... ya lo sabes, en el pajar estaré; si quieres irte por allá...
ADRIANO. Sí, ¿eh? (*Metiéndose entre los dos*).
PICOLÍN. ¡Bien, hombre, bien! ¡no hay que tomar las cosas tan á pecho!
CATALINA. Vaya, vaya; ¡cada uno á su obligación!
ROSINA. ¿Vendrás tempranito? (*A Adriano*).
ADRIANO. Sí. (*Vase Rosina por la derecha*).
MARCELO. Vamos también nosotros, hijo mio; ¡je! ¡je!... ¡Buenas tardes, señora Catalina! (*Se apoya en Adriano*).
CATALINA. Buenas tardes señor Marcelo. Conque... hasta mañana tempranito ¿eh? (*A Adriano*).
ADRIANO. ¡Sí, señora, sí!
(*Vanse por la izquierda Adriano y el señor Marcelo*)
TOMÁS. (*Al bandido, levantándose*)
Te quedarás enfrente de la puerta de la posada, y en cuanto veas llegar un jinete en un caballo negro avísame, ya sabes dónde te esperamos.
CATALINA. ¿Se marchan también ya?
TOMÁS. Vamos á dar una vuelta por la aldea, á ver si encontramos á nuestro compañero y volveremos á echar un trago antes de emprender la jornada.
Conque... buen mozo... (*A Picolín en tono de broma*).

PICOLÍN. ¡Eh! ¿es á mí? *(Acercándose).*
TOMÁS. ¡A quién ha de ser!... mucho cuidado con los muertos, que si le agarran á uno por los pelos...
PICOLÍN. *(Retirándose).* ¡Vaya, vaya! ¡basta de bromas que á mí no me gustan las cuchufletas!
TOMÁS. A encerrarse en el pajar y... ¡ja! ¡ja!...
PICOLÍN. ¡Hum!
(Tomás y el bandido quedan un momento hablando aparte hasta que entra Jacobo; Catalina da órdenes á Picolín.)

ESCENA IV

CATALINA, PICOLÍN, TOMÁS *el* BANDIDO. JACOBO *y las* ALDAENAS *aparecen en la puerta primera de la izquierda después* MARIETA *en la montaña.*

JACOBO. *(Con su caja de buhonero, desde la puerta).* Sí, muchachas, sí, cintas, encajes, sortijas, pendientes... todo, después en la plaza os enseñaré todas mis mercancías. *(Se retiran las aldeanas).*
TOMÁS. Vamos. *(Vase Tomás y el bandido).*
JACOBO. *(Entrando y viendo á Tomás al salir).* ¡Eh!... ¡es él!... ¡es Tomás!... ¡Tomás aquí de carretero!... ¡Me habré engañado!... ¡no, no! ¡Oh! ¡yo sabré qué hace aquí! ¡y si es él... no se me escapará esta vez de entre las manos! Ahora tengamos prudencia. *(Dirigiéndose hacia Catalina y Picolín que estará vuelto de espaldas).* Dios guarde á la buena gente. *(Alzando la voz).*
PICOLÍN. ¡Ah!... *(Volviéndose asustado).*
JACOBO. ¡Qué es eso, hombre!
PICOLÍN. ¡Creí que ya estaba ahí el muerto! *(Aparte).*
JACOBO. ¿Tan feo soy ya para asustar á la gente?
PICOLIN. No... no, señor; ¡qué habéis de ser feo!... Es que esta tarde estoy así... un poco sobresaltado y...
CATALINA. ¿Qué deseais, buen hombre?
JACOBO. *(Sentándose).* Pues lo primero... descansar un rato, y después echar un trago para remojar la palabra.
CATALINA. Picolín... *(Indicándole que le sirva).*
PICOLÍN. Voy volando.
(Recoge los vasos y el jarro de la mesa y se va por la derecha).
CATALINA. ¿Parece que venís muy cansado?
JACOBO. La jornada no ha sido larga.
CATALINA. ¿Venís de Biella?
JACOBO. Sí, señora; vengo de recoger unos cuartos que me ha dejado un hermano de mi madre.
CATALINA. ¡Ya!

JACOBO. Y como el buen mercader debe siempre sacar provecho de todo, dije para mi capote: ¡ea! Jacobo, ya que tienes que ir á Biella, carga con tu caja de buhonero y recorriendo las aldeas vecinas sacarás los gastos del viaje y eso más habrás ganado.

(Vuelve Picolín con vasos y jarro y le sirve).

CATALINA. ¿No habéis estado nunca por aquí?

JACOBO. Nunca; mis negocios comerciales no han pasado jamás de Lucerna, donde vivo, y de los pueblos inmediatos; pero nunca creí que fuese esto tan pintoresco.

PICOLÍN. ¡Anda! ¡anda! ¡pues si esto es de lo más *empingorrotao* que se conoce! y si no fuera por la *Boca del diablo* sería el país mejor de todos los países.

JACOBO. Pero, hombre... ¿el diablo se ha dejado la boca por aquí?... *(Riéndose).*

PICOLÍN. La boca... y yo creo que hasta el rabo.

JACOBO. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

PICOLÍN. No; ¡pues la cosa no es para burletas! Todos sabemos, por más que el señor cura nos diga lo contrario, que allí se reune por las noches con una cáfila de viejas que...

JACOBO. ¿Quién?... ¿el señor cura? *(Burlándose).*

PICOLÍN. No señor; el diablo.

CATALINA. Vaya, vaya; déjate ahora de cuentos y mira á ver si hay bastante grano en el arcón para los caballos que vengan con el coche.

PICOLÍN Voy. *(Váse por la segunda puerta de la izquierda).*

CATALINA. ¿Y qué? ¿Se hace mucho negocio?

JACOBO. Poca cosa; ¡los tiempos están muy malos para el comercio!

CATALINA. Y para todo, ¡sí señor! *(Breve pausa).*

JACOBO. ¡No es malo este vinillo! *(Después de beber).*

CATALINA. Puedo aseguraros que no se bebe mejor en toda la comarca.

PICOLÍN. *(Volviendo de la cuadra).* Pues sí señora, hay pienso para todos.

CATALINA. ¡Bueno, bueno!

JACOBO. *(A Catalina).* Dispensad mi curiosidad; ¿podríais decirme quién es y qué hace en esta aldea ese carretero que salía cuando yo entraba?

CATALINA. Es un forastero á quien nunca hemos visto por aquí.

JACOBO. ¿Y no sabéis si conoce á alguien en la aldea que pudiera darme algunos informes?

CATALINA. No señor.

PICOLÍN. Lo que yo puedo deciros, es, que cuando subí á llevar las cartas al señor Doctor, le encontré en la vereda y sin duda bajaba de allí.

JACOBO. ¿Y quién es ese señor Doctor?

PICOLÍN. Un sabio muy rico y muy bueno y muy querido en toda la aldea, que vive allá... en aquella casa que está encima de esa roca.

JACOBO. ¿Y creéis qué ese señor podrá decirme?...

PICOLÍN. Si es que ese hombre venía de allí puede que le conozca y...

JACOBO. Es verdad; muchas gracias, joven.

PICOLÍN. No hay de qué.
(Aparece Marieta en la montaña; mira en todas direcciones, etc, etc., y después se sienta en una piedra quedando inmóvil).

JACOBO. *(A Catalina).*
¿Habrá cuarto para mí esta noche en la posada?

CATALINA. No señor, y lo siento mucho.

PICOLÍN. ¡Pues! como el señor Doctor es el que ha dispuesto de la posada, nos ha dicho que si algún forastero no encontraba casa en la aldea por esta noche que le mandásemos allí... á su casa.

JACOBO. Eso es ya otra cosa.

CATALINA. *(Mirando desde la puerta al interior).*
Picolín... ya creo que viene...

PICOLÍN. ¿Quién? ¿el muerto?

CATALINA. No; el señor Barón. *(Observando).*
Sí; por allí sube un jinete en un caballo negro: anda, anda Picolín, sal á recibirle; y si es el señor Barón, como creo, dirígele hacia aquí y entra el caballo en la cuadra.

PICOLÍN. Bien. *(Váse por la izquierda).*

JACOBO. *(Levantándose).*
Vaya, vamos á la plaza á enseñar á las muchachas mis mercancías. Con que... hasta mañana, buena mujer.

CATALINA. Hasta mañana. *(Váse Jacobo).*

ESCENA VI

CATALINA, *luego* ROBERTO; *después* PICOLÍN *y últimamente* TOMÁS; MARIETA *permanece inmóvil, sentada en una piedra de la montaña.*

CATALINA. Ya va siendo tarde y tal vez el señor Barón quiera también detenerse aquí esta noche.
(Llamando desde la puerta de la derecha).
Rosina, cierra los cristales de la ventana de la sala de arriba, que ya está aqui el señor Barón y subirá á descansar. El viento es frío y húmedo; me parece que no tardará mucho en dejarse oir la tormenta.

ROBERTO. *(Desde la puerta de la izquierda hablando hacia el interior).*
Aflójale la cincha, y échale un buén pienso, pero no quites la silla que partiré dentro de breves momentos. *(Entra en la posada).*

CATALINA. Señor Barón... *(Recibiéndole).*

ROBERTO. Buenas tardes Catalina.

CATALINA. ¿Aun me conocéis, señor?

ROBERTO. ¿Y por qué no? aunque hace muchos años que no la veo tengo buena memoria.

CATALINA. ¡Mucho celebro!...

ROBERTO. ¡Gracias! *(Con sequedad).*

CATALINA. Si el señor Barón quiere subir á la sala á descansar y á tomar alguna cosa... todo está preparado.

ROBERTO. No; descansaré aquí un momento y en seguida partiré. *(Se sienta).*

CATALINA. Mire el señor Barón que ya pronto va á anochecer y que el camino es bastante malo.

ROBERTO. Para mi caballo todos los caminos son buenos. Es indispensable que llegue esta noche al castillo, y llegaré.

PICOLÍN. *(Volviendo por la segunda puerta de la izquierda).* Ya está servido el señor Barón.

ROBERTO. ¡Mi caballo querrás decir, animal!

PICOLÍN. *(Aparte).* ¡Hum!... ¡malas pulgas debe tener el señor Barón! *(Retirándose).*

CATALINA. ¿Pero no quiere el señor tomar alguna cosa?

ROBERTO. Hacedme una buena limonada; es lo único que apetezco. *(Desde la puerta de la derecha).*

CATALINA. Rosina... una limonada para el señor Barón: en el armario encontrarás todo lo necesario.

ROBERTO. *(Con impaciencia y aparte).* ¡No ha llegado todavía el furgón, y aun no he visto á Tomás por aquí! ¿tendremos algún nuevo contratiempo?

PICOLÍN. *(Fijándose en Marieta que permanece inmóvil sentada en la roca).* ¡Anda, anda! ¡ya está allí la loca! ¡Eh!... ¡chis!... ¡Marieta!... ¡vete á casa del señor Doctor que te está buscando!

(Marieta alza la cabeza, le mira con indiferencia y vuelve á quedar con la misma actitud).

¡Sí; á la otra puerta! ¡Eh! ¡mira! ¡chis! ¡Marieta!

ROBERTO. ¿Quién es esa mujer?

CATALINA. Una pobre loca que hace más de ocho años llegó á la aldea: como apenas responde á lo que la preguntamos, solo hemos podido saber que debe llamarse Marieta y que le robaron y mataron á una hija, según se desprende de su locura. Todos en la aldea la queremos mucho y sobre todo el señor Doctor, en cuya casa habita generalmente.

ROBERTO. ¿En casa del Doctor?

CATALINA. ¡Ya lo creo! como que libró de un gran peligro á su sobrina la señorita Luisa.

ROBERTO. ¿A su sobrina?

CATALINA. Sí, señor: una vez que la señorita vino del colegio donde se ha criado, á pasar aquí con su tío una temporada, estaba jugando con otras niñas en la montaña cuando un jabalí enorme, perseguido por unos cazadores, avanzó hácia la niña que cayó al suelo acongojada; lanzóse la loca sobre el animal y salvó á la

niña, quedando la pobre mujer herida y destrozada por la fiera. Esto fué á los pocos días de llegar á la aldea: y desde entonces el señor Doctor se interesa tanto por ella, que todos la queremos mucho: y más que nadie la señorita Luisa. A no ser así ya hubiera muerto de hambre y de frío entre esas montañas.

PICOLÍN. ¡Ya verán que pronto echa á correr!... ¡Chis!... ¡Marieta!... ¡que la señorita Luísa te está llamando desde la boca del diablo...

(*Marieta se levanta, da un grito y desaparece rápidamente*).

¡Eh! ¿qué tal?... ¡en hablando de la señorita Luisa y de ese precipicio!...

CATALINA. ¿Quiere el señor Barón que se avise de su llegada al señor Doctor?

ROBERTO. No: ya he dicho que no puedo detenerme y que voy á partir en seguida.

PICOLÍN. Entonces... apretaré la cincha al caballo, en cuanto acabe el pienso, y le traeré cerca de esta puerta para no hacer luego esperar al señor Barón.

ROBERTO. Sí, es lo mejor.

PICOLÍN. Pues voy volando.

(*Váse por la segunda puerta izquierda*).

CATALINA. ¡Pero que hará esa chica que no trae la limonada! yo misma os serviré señor Barón. (*Váse por la derecha*).

ESCENA VII

ROBERTO, TOMÁS *luego* MARIETA: *después* PICOLÍN

TOMÁS. (*Desde la primera puerta de la izquierda. Aparte*). ¡Está solo; mejor!

ROBERTO. ¡Ah! ¡Tomás! (*Viéndole*).

TOMÁS. ¡Señor!... (*Entrándose y acercándose*).

ROBERTO. ¡Chist!... ¡seamos prudentes! no conviene que nos vean juntos.

TOMÁS. No hay nadie. (*Examinando el patio*).

ROBERTO. ¿Ha ocurrido alguna novedad?

TOMÁS. Ninguna.

ROBERTO. ¿Y el carro?

TOMÁS. Oculto entre unas rocas, en sitio seguro.

ROBERTO. ¿Y la caja? (*Marcándolo mucho*).

TOMÁS. En el fondo del carro, cubierta con la paja de que viene cargado hasta arriba.

ROBERTO. Bien; supongo que la caja será...

TOMÁS. Exactamente igual á la que traen en el coche; las iniciales: todo. La sustitución de una caja por otra se hará en toda regla; eso corre de mi cuenta.

ROBERTO. ¿Has previsto bien todo, según las órdenes que te dí en Novara?

TOMÁS. Todo.

ROBERTO. El coche vendrá cerrado.

TOMÁS. No faltará llave con que abrirlo.

ROBERTO. ¿Tienes confianza en tu gente?

TOMÁS Como en mí mismo, señor.

ROBERTO. Bien.

TOMÁS. El golpe... será seguro.

ROBERTO. Sin embargo, es preciso aprovechar el primer momento que se presente; de lo contrario sería muy expuesto...

TOMÁS. Pues tendría que ver que después de haber llevado felizmente á cabo lo que hemos preparado con tanta exposición, tuviéramos ahora que desistir...

ROBERTO. ¡Eso nunca! ¡La inmensa fortuna de mi tío será únicamente mía, aunque tuviera que revolver el cielo con la tierra!

TOMÁS. Y que en verdad, señor Barón, parece que la suerte nos ayuda en todo lo demás: esa puerta que da al camino que está á la falda del monte,

(*Señalando la del fondo*).

sólo está cerrada por dentro con un cerrojo: esto facilitará mucho la operación, pero no es esto todo: según he oído, un señor doctor...

ROBERTO. Sí, ya sé quién es, aunque no le conozco personalmente.

TOMÁS. Pues bien; ha dispuesto que no quede ningún transeunte en la posada.

ROBERTO. Perfectamente; yo saldré ahora de la posada figurando que me dirijo al castillo, y luego...

TOMÁS. ¿Va el señor Barón á presenciar...

ROBERTO. Sí: tiempo tendremos después de llegar al castillo antes de amanecer,

TOMÁS. En ese caso, yo seguiré detrás por la montaña, y al trasponer esa roca que está enfrente de la puerta, ocultaremos el caballo y nos dirigiremos hacia donde está mi gente.

(*Empieza á anochecer lentamente. Aparece Marieta en la puerta sin ser vista de ellos y se sienta con la mayor indiferencia en el suelo cerca de la puerta*).

ROBERTO. Es preciso obrar después con mucha prudencia; el carro como va cargado de paja, pueden seguir con él adelante sin dar lugar á sospecha alguna.

TOMÁS. No está mal pensado, señor Barón: lo demás todo queda á cargo mio.

(*Marieta, al oir la voz de Tomás, sale del abatimiento en que está sumida y se queda mirándole con fija atención*).

ROBERTO. ¡Chist... ¡calla! el mozo saca ya el caballo de la cuadra. Vete; ya sabes.

TOMÁS. Sí; detrás de esas rocas espero.

(*Vase por la izquierda. Marieta le sigue con la vista fija, levantándose poseída de sus recuerdos y sin apartar sus ojos de la puerta. Oprime su cabeza entre sus ma-*

nos esforzándose para que la memoria acuda á su enferma razón. Durante estos expresivos momentos dice Roberto sin verla).

ROBERTO. ¡Mucho tarda en llegar el furgón!... este retraso empieza ya á impacientarme; ¿qué habrá pasado?

PICOLÍN. *(Desde la primera puerta de la izquierda).* Cuando el señor Barón quiera ya está aquí el caballo.

ROBERTO. Vamos.

(Vanse el Barón y Picolín. Marieta queda sola en medio de la escena luchando con su delirio. De pronto da un grito desgarrador y avanza hacia la puerta, después retrocede como si quisiera defender á alguien. Su razón trata en vano de combatir con su locura. Estúdiese bien esta situación).

MARIETA. ¡Aaah!... *(Retrocediendo).* ¡No, no! ¡es mía! ¡no me la quitarás!... ¡Veo sombras! ¡sombras por todas partes!... ¡No! ¡no son sombras! ¡es él!... ¡es él! ¡su voz... ¡su mirada!... ¡No! ¡no quiero que me la roben!

(Figurando que está atada y no pudiendo avanzar). ¡Ah!... ¡me han atado!... ¡me han atado para robármela!... ¡Oh!... ¡yo romperé estas ligaduras!...

(Haciendo grandes esfuerzos y figurando que queda libre). ¡Aah! ¡ya estoy libre! ¡No! ¡no te la llevarás! ¡Hija! ¡hija mía! *(Sale precipitadamente por la izquierda).*

ESCENA VIII

CATALINA *por la derecha con la limonada, después* PICOLÍN *por la izquierda.* MARIETA *atraviesa la montaña.*

CATALINA. *(Saliendo).* ¡Creí haber oído voces y gritos! ¡habrá sido fuera sin duda! Pero, ¡calle! se ha marchado el señor Barón; pues no he tardado tanto para que así se impaciente.

(Deja en la mesa el vaso. Marieta atraviesa por el fondo la montaña, dominada por la locura).

PICOLÍN. *(Entrando muy asustado, vuelto de espaldas).* ¡Se... se... señora Catalina!...

CATALINA. ¿Qué es eso?

PICOLÍN. ¡A... á... ahí vienen!

CATALINA. Sí, en efecto; ya veo el coche.

PICOLÍN. ¡Y qué coche!... ¡señora Catalina!

CATALINA. Abre la puerta grande del patio para que pueda entrar aquí.

PICOLÍN. ¡Aquí!

CATALINA. Desenganchad primero los caballos y llevadlos á la cuadra.

PICOLÍN. Sí, señora, sí, pero...

CATALINA. ¿Qué?

PICOLÍN. El señor Doctor... baja ya por la vereda...
CATALINA. Es natural; habrá visto desde su casa venir el coche. ¡Vamos, Picolín!...
PICOLÍN. Voy... voy á abrir la... la puerta grande.
(Vase por detrás del cobertizo de la izquierda).

ESCENA IX

Dichos, el DOCTOR, PABLO, COCHERO *y otro* EMPLEADO *de la Funeraria.* ROSINA, ALDEANOS, ALDEANAS; *un* CRIADO *traerá dos hermosos perros del monte de San Bernardo.*

CATALINA. *(A Pablo, que entra con el Doctor por la izquierda).* ¡Ah! ¡señorito Pablo!...
DOCTOR. ¡Vamos, vamos, señora Catalina!
CATALINA. ¡Si no lo puedo remediar! ¡si tengo tanta ley á mis antiguos amos!
PABLO. Gracias, gracias, señora Catalina. *(Con cariño).*
DOCTOR. Disponed que puedan entrar el furgón para colocarle donde hemos dispuesto esta tarde.
CATALINA. Ya ha abierto Picolín la puerta grande y por ahí pueden fácilmente entrar el coche.
DOCTOR. *(A Pablo).* Si prefieres que se saque la caja y se deposite arriba en mi casa...
PABLO. ¿Para qué? en el furgón viene perfectamente colocada, y como yo he de pasar aquí la noche...
DOCTOR. ¡Como tú quieras!
PABLO. ¡Y Luisa!
DOCTOR. ¡Ya puedes comprender cómo estará! Ahora mismo subiremos.
PABLO. Sí.
DOCTOR. Por aquí, eso es. *(Acercándose al foro izquierda).* *(Rosina aparece en la puerta derecha; el cochero y el otro empleado de la Funeraria y algunos aldeanos entran el furgon por el foro izquierdo y le colocan dentro del cobertizo del fondo derecha. Detrás sale Picolín. Varios aldeanos y aldeanas, movidos por la curiosidad, aparecen unos por el foro izquierda y otros por la primera puerta. A indicacion del Doctor y de Catalina, se retiran después. Noche. Empieza la tormenta).*
CATALINA. Rosina, enciende los faroles, y tú Picolín, coge otro y cierra las puertas.
DOCTOR. ¿Queda alguien en la posada? *(A Catalina).*
CATALINA. Nadie, señor; he cumplido fielmente lo que usted me ha mandado esta tarde.
(Rosina enciende el farol y se retira).
DOCTOR. Bien; vamos, Pablo.
CATALINA. ¡Señorito!... *(Cogiéndole las manos).*

PABLO. Hasta después, Catalina. (*Con cariño*).
(*Vanse por la izquierda el Doctor, Pablo y el empleado. Sale Picolín y les sigue alumbrando con el farolillo. Catalina les acompaña hasta la puerta. El cochero saca una manta de la cochera donde han entrado el furgón, pone una en el banco que está debajo del cobertizo de la izquierda y se echa, abrigándose con la otra*).

CATALINA. (*Volviendo desde la puerta seguida de Picolín*). Cierra y retirémonos de aquí, que pronto tendremos la tormenta encima.

PICOLÍN. ¡Ya!... ya está. (*Después de cerrar. Relámpago*).

CATALINA. ¡Ave María Purísima! ¡Buena noche se prepara!

PICOLÍN. (*Dando un grito al sentir que el cochero se mueve en el banco y abrazándose á la señora Catalina*). ¡Aaah...

CATALINA. ¡Pero hombre!... (*Temblando también*). ¿Qué es eso? ¿Vas á hacer que yo también?...

PICOLÍN. (*Con lúgubre acento, poseído por el miedo*). ¡Señora Catalina!

CATALINA. ¿Qué? ¡vamos, hombre! ¡no tengas tanto miedo!

PICOLÍN. ¡Allí... allí... está! (*Señalando hacia el banco*).

CATALINA. ¿Quién?

PICOLÍN. ¡El!... ¡él!...

CATALINA. Pero ¿quién es él?

PICOLÍN. ¡Allí!... ¡en el banco!...

CATALINA. Si es el cochero que se ha echado ahí hasta que baje el señorito Pablo.

PICOLÍN. ¿El cochero?

CATALINA. ¡Sí, hombre, sí!

PICOLÍN. Como estáis temblando también...

CATALINA. ¡Ya! ¡todo se pega! y como tú...

PICOLÍN. ¿Está segura de que es el cochero?

CATALINA. ¿No lo ves, hombre?

PICOLÍN. ¡Yo no veo ya más que sombras, señora Catalina! (*Breve pausa*).

CATALINA. ¿Está todo cerrado?

PICOLÍN. Sí... señora.
(*Volviéndose siempre con el mismo recelo y mirando hácia el banco*).
¡El cochero!... ¡el cochero!
(*Cogiéndose otra vez á Catalina*).
¿Pero está segura que...

CATALINA. ¡Sí, hombre!

PICOLÍN. Bi... bien podía haber avisado que..

CATALINA. Cuando baje luego el señorito Pablo yo saldré á abrir la puerta, porque lo que es tú...

PICOLÍN. Sí, señora... sí: lo que es yo...
¡Cualquiera me saca á mí esta noche del pajar!

CATALINA. ¡Vamos! (*Aparte*).
(*Váse por la derecha cogida de Picolín, que la sigue dominado por su temor. Entran y cierran. Momentos de silencio. Relámpago; trueno. Noche completa*).

ESCENA X

ROBERTO, TOMÁS, BANDIDOS, *el* COCHERO *dormido en el banco.*

Tomás con un capuchón pardo y máscara negra, y después Roberto con máscara también y echada la capucha del impermeable, aparecen por la subida del centro de la montaña del fondo entre las rocas: observan, y Tomás desaparece por la senda de la izquierda, quedando solo allí Roberto. Un momento después salta Tomás por la pared del fondo del patio: abre la puerta del foro y se dirige á la derecha á observar por la puerta de la posada; después apaga el farol, y al volver hacia el fondo, ve á la luz de un relámpago, al Cochero; saca un puñal y va á herirle, pero se detiene al verle dormido. Hace una seña á Roberto y poco después salen tres bandidos por la puerta del fondo conduciendo una caja larga envuelto en un saco; desaparecen por la puerta cochera de la derecha. Tomás queda con el puñal levantado para herir al cochero si se despierta. Después vuelven los bandidos á salir por la puerta de la cochera con otra caja igual, envuelta también, pero de distinta manera, en el saco, y se retiran por la puerta del fondo. Tomás sale despacio y cierra. Un momento después salen todos por la izquierda de la montaña y desaparecen misteriosamente, detrás de Roberto, por la bajada que está en el centro entre las rocas. La obscuridad es completa: la escena se iluminará con la viva luz de los relámpagos. Cuadro.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO 1.º

Gabinete reducido de dimensiones, en casa del Doctor.—Puertas laterales y ventana grande al fondo, que da á la montaña.—Á la derecha un velador y sillón.—Á la izquierda otro sillón.—Es de noche.—Un quinqué encendido encima del velador.—Sigue la tormenta, pero todavía muy lejos.—Obscuro.

ESCENA I

El DOCTOR, *paseándose lentamente de un lado á otro;* PABLO, *sentado en el sillón al lado del velador; después* LUISA *por la izquierda.*

DOCTOR. *(Deteniéndose frente de Pablo).* ¿Tan repentina fué la muerte de tu tío?

PABLO. Tanto, que ni aun tiempo dió siquiera para poder avisaros.

DOCTOR. ¿De manera que nada ha podido decirte de Luisa?

PABLO. ¿De Luisa? *(Con marcada intención).*

DOCTOR. ¿Te extraña mi pregunta?

PABLO. No señor; que muchas veces de ella me ha hablado con verdadero afecto. Mi tío sabía que nos profesábamos singular cariño, y no sólo lo aprobaba, sino que, en más de una ocasión, me ha dicho que deseaba vivamente que realizásemos nuestra unión, labrando así nuestra felicidad.

DOCTOR. *(Sentándose á su lado).* Pues bien, Pablo: antes de que vuelvas á la aldea, te he hecho entrar aquí, porque tengo que revelarte un secreto de verdadero interés para todos: secreto que mañana mismo, después de los funerales de tu tío, dejará de serlo para todo el mundo, al leer su testamento.

PABLO. ¿Mi tío... ha hecho testamento?... No lo sabía.

DOCTOR. Nada me extraña tu sorpresa, cuando su mismo notario de Novara lo ignora también.

PABLO. No comprendo.

DOCTOR. Ese testamento fué hecho con todas las formalidades que la ley previene, por un notario particular, hace ya muchos años.

PABLO. Y ese es el secreto que...

DOCTOR. No; por más que ese testamento sea su consecuencia natural.

PABLO. Es decir, que hay un hecho desconocido...

DOCTOR. Que voy ahora mismo á revelarte. (*Breve pausa*). Hace diez y ocho años que tu tío, mi amigo más querido desde la infancia, recorría con frecuencia las ricas posesiones que tenía en todo este país. Un día, al regresar de una cacería, entró en una modesta casa de una pequeña aldea, donde, con una pobre anciana, vivía miserablemente una joven huérfana de singular hermosura. No me cansaré en referirte que, durante un año, sus excursiones á esa aldea fueron, por desgracia, demasiado frecuentes...

PABLO. ¡Comprendo!

DOCTOR. Tu tío—preciso es confesarlo,—seducido por los encantos de esa hermosa joven, empleó con ella todos esos medios vulgares de seducción para atraerse su cariño: ocultó su nombre, su verdadero estado, y la pobre huérfana, ofuscada también con su ciego amor, confió demasiado en sus promesas y juramentos...

PABLO. ¿Es decir?...

DOCTOR. Que un año después, el fruto de estos amores, fué una niña.

PABLO. ¿Una niña? (*Con sorpresa.*)

DOCTOR. ¡Sí, un ángel de cándida hermosura, arrobador encanto fundido en acerbo dolor para su infeliz madre!

PABLO. ¿Y esa pobre mujer?

DOCTOR. Huyó con su hija de aquella aldea, agobiada bajo el peso de su deshonra.

PABLO. Pero... esa niña, ¿vivirá?

DOCTOR. ¡Vive! (*Con pausada y marcada intención*).

PABLO. ¿En ese caso, los bienes de mi tío le pertenecen? Es preciso buscarla á todo trance, y yo mismo me obligo...

DOCTOR. ¡Bien, Pablo! ¡Esos nobles sentimientos te enaltecen!

PABLO. ¡El cumplimiento de un deber es siempre sagrado!

DOCTOR. Así es en efecto; pero no hay necesidad de buscar á esa niña... á quien ya conoces.

PABLO. ¿Yo?

DOCTOR. A esa niña á quien ya profesas particular cariño.

PABLO. ¿Qué queréis decir? (*Levantándose*).

DOCTOR. Sí, Pablo, sí: esa niña es... (*Señalando la puerta de las habitaciones de Luisa*).

PABLO. ¿Luisa?

DOCTOR. Luisa.

PABLO. ¿Y ella sabe?

DOCTOR. Todo.

PABLO. ¿Pero cómo mi tío no ha reconocido antes?...

DOCTOR. Déjame acabar y todo lo comprenderás fácilmente. (*Breve pausa*). El severo carácter de tu tía la Marquesa; los graves

disgustos y trastornos que en la familia hubiera causado este acontecimiento, obligaron á tu tío á guardar este secreto. Hizo grandes esfuezos para que ella le entregase su hija, con el objeto de educarla en secreto, ofreciendo también protegerla á ella; ruegos, súplicas, ofrecimientos, amenazas, todo fué inútil: ¡nunca quiso separarse de su hija!

PABLO. ¡Era su madre!

DOCTOR. Como todos los pasos que tu tío podía dar con este objeto, tenían que ser con el mayor misterio, se valió de su viejo mayordomo, en quien tenía toda su confianza, el cual se entendió con unos bandidos...

PABLO. ¡Eh!

DOCTOR. Afortunadamente el nombre de tu tío fué siempre desconocido para esos malvados, y cuando supo más tarde la manera terrible de que se valieron para arrebatar á la hija de los brazos de su madre, acriminó el hecho y se horrorizó de haber dado lugar á él. No lo dudes, Pablo: este remordimiento ha sido la causa principal de su muerte.

PABLO. ¿Pero la madre?...

DOCTOR. Allí la dejaron abandonada, y cuantos medios se han empleado después para encontrarla han sido inútiles.

PABLO. ¿Es decir, que Luisa, desde sus primeros años?...

DOCTOR. Ha pasado por sobrina mía: y siempre de acuerdo con tu tío, he procurado que su educación, en el colegio donde se ha criado, sea digna de ella.

(*Aparece Luisa en la puerta de la izquierda: se detiene y escucha, avanzando después lentamente, según marca el diálogo*).

Ahora bien, querido Pablo: ya que todo lo sabes, ya que tú mismo acabas de decirme que tu tío deseaba tu enlace con Luisa, puedo asegurarte en nombre de ella, que ésta unión es también su constante deseo.

(*Pausa*).

¿Callas? ¿Nada me respondes? ¿Rechazarás á Luisa por su obscuro nacimiento?

PABLO. ¡Oh! ¡no! ¡ni imaginarlo siquiera!... amo y amaré siempre á Luisa con todo mi corazón, pero...

DOCTOR. ¿Qué?

PABLO. Un obstáculo poderoso se interpone entre nosotros. Nunca mis aspiraciones han sido interesadas, y hoy podrían suponer...

DOCTOR. ¿Que, te casas con ella... por la fortuna que hereda de su padre?

PABLO. ¡Precisamente!

DOCTOR. ¡Pablo!... ¡tú no amas á Luisa!

PABLO. ¡Que no la amo! (*Con pasión*).

DOCTOR. ¡No! si la amaras como ella te ama, ¡no la rechazarías así por ese miserable puñado de oro de que la ves rodeada! Pablo: si mis razones como protector y amigo no tienen fuerza bastante para convencerte..., oye al médico que te habla. La enfermedad de Luisa está

en el corazón; germina, empieza; fácilmente sabré combatirla; no dudo del feliz resultado: esa será mi obra. La tuya... procura que no sea más funesta: no cargues tu conciencia con un remordimiento, ¡no mates á Luisa!

PABLO. ¡Yo!... ¡yo causarle ni el más ligero pesar!... ¡no! ¡por evitarle un sólo momento de dolor preferiría morir mil veces!

LUISA. ¡Ah! (*Con sentida emoción*).

PABLO. ¡Luisa!

(*Al verla da un paso hacia ella, pero se contiene al contemplar su profundo sentimiento: Luisa permanece inmóvil con la cabeza caída sobre el pecho. Momentos de expresivo silencio*).

DOCTOR. ¡Ahí la tienes! (*Con acento solemne*). (*Pausa*). ¡Ya todo lo sabéis! ¡Nada tengo que deciros!

(*Vase lentamente por la izquierda*).

ESCENA II

LUISA *y* PABLO.

PABLO. ¡Luisa! (*Breve pausa*).

LUISA. ¡Ya lo has oído! ¡ya todo lo sabemos! ¡Cuántas lágrimas debe haber en nuestros ojos!

(*Llora. Pablo la contempla con silencioso dolor: después de una breve pausa Luisa se sobrepone algún tanto á su sentimiento natural y dice á Pablo con serena y marcada expresión*).

Pablo..., ¿tú sabías que mi madre?...

PABLO. No.

LUISA. ¡Pobre madre mía!

PABLO. Acaba de decírmelo ahora mismo tu generoso protector, y puedo jurarte...

LUISA. ¿Qué?

PABLO. Que desde hoy... tendremos los dos un ser más á quien querer.

LUISA. ¡Pablo!

(*Estrechándole las manos con cariñoso agradecimiento*).

PABLO. ¡Sí, Luisa, sí! (*Breve pausa*).

LUISA. (*Con aparente serenidad*).

Una idea fija, tan fija como la luz en el espacio, es la que desde hace dos días ilumina entre sombras mi razón. Ni de día ni de noche se aparta un momento de mí. Esta idea me hace volver hacia ti mis ojos, cansados ya de llorar; esta idea me hace que de nuevo te pregunte: ¿me amas..., me amas de veras?

PABLO. ¡Dudar podrías!...

LUISA. (*Interrumpiéndole vivamente*).

¡No, no te ofendas, Pablo mío! tengo tanto.... ¡tanto que decirte!... porque... no sé qué vago presentimiento me grita: «tu madre vive.» ¡Oh! ¡madre de mi alma!

PABLO. Procura serenar tu espíritu; la agitación que te domina, puede causarte mucho daño.

LUISA. Sí, es verdad; siento aquí un peso (*Señalando su corazón*). ¡que no me deja respirar! Oye, óyeme, Pablo. ¡Hablar ahora de nuestro amor parecería una profanación! ¿no es cierto? ¡No! ¡no lo es! ¡Hoy más que nunca reclamo todo tu cariño, porque hoy más que nunca necesito de él! ¿No me comprendes? Ven. (*Llevándole cerca de la ventana; la tormenta con más fuerza*). ¡Allí..., allí abajo..., en la aldea..., está el cuerpo inanimado de mi padre! ¡bien lo sabes!

PABLO. Sí.

LUISA. Júrame ante él, júrame Pablo mío, que has de consagrar conmigo tu vida entera en buscar á mi desgraciada madre, y que no hemos de ceder en nuestro empeño hasta que la encontremos... ¡muerta ó viva!

PABLO. ¡Lo juro, Luisa!

LUISA. Si tu amor es mío... ¡séalo de ella también!

PABLO. ¡Lo será!... lo es ya, ¡Luisa mía!

LUISA. ¡Pablo de mi corazón! (*Echándose en sus brazos y rompiendo á llorar*).

PABLO. Llora..., llora sobre el mío, y sean tus lágrimas bálsamo consolador de tu amarga pena. Dos somos desde hoy á sufrir y llorar: la resignación del uno, consuelo sea del otro; nuestro valor..., doble sea también.

LUISA. ¡Lo será! (*Procurando serenarse*).

MARIETA. (*Dentro gritando*). ¡Dejadme!... ¡dejadme todos! ¡quiero buscarla!

PABLO. ¡Esas voces!...

LUISA. Son de Marieta: ¡de esa pobre loca que tanto me quiere!

MARIETA. ¡No! ¡no! ¡es allí!... ¡allí la han enterrado! (*Dentro*).

LUISA. ¡Pobre mujer!

PABLO. ¡Parece que está muy excitada!

LUISA. Es extraño: ¡hace ya mucho tiempo que no ha tenido ningún acceso de furor!

MARIETA. ¡Dejadme! ¡quiero ir á la montaña! (*Dentro*).

LUISA. ¡Yo la calmaré! (*Vase por la derecha*).

ESCENA III

PABLO, *después* MARIETA *y* LUISA *por la derecha*.

PABLO. Fácilmente se comprende su triste estado. Si como dice la infeliz, le mataron su hija, ¿qué extraño es que se volviese loca?

LUISA. (*Entrando con Marieta, á quien trae cogida de la mano como á una niña*). Ven, ven conmigo: quiero yo tenerte á mi lado: ¿no sabes que está aquí Pablo? ¡Sí! mírale, ¡es él! ¡ya sabes que te quiere tanto como yo!

PABLO. ¿No me conoces ya, Marieta?

MARIETA. *(Fijándose en él, pero con la mirada extraviada).* Sí, sí: pero tú... ¡tú no estabas allí! ¡era el otro! ¡el otro! ¡Le he visto con mis propios ojos! ¡era él! ¡Su imagen no se borra nunca de aquí! *(Señalando su frente).* ¡Le veo!... ¡le veo siempre!... ¡siempre!...

PABLO. ¡Marieta!... *(Cariñosamente).*

MARIETA. No... ¡no es esa su voz tampoco! ¡mis oídos no se han engañado!

LUISA. ¡Tranquilízate!

PABLO. ¡Ya sabes que aquí todos te queremos bien!

MARIETA. *(Mirándole fijamente).* ¡Tú sí!... ¡tú sí me quieres!... porque tú... tú no eres el que entraste en la cabaña; tú no eres el que me has atado, el que puso un pañuelo en mi boca para que no gritase!... ¡Ah!... ¡pero yo rompí las cuerdas! ¡yo arranqué de mi boca el pañuelo, y, llamando á mi hija, le seguí!... ¡le seguí!...

PABLO. ¡Pobre mujer! *(Aparte).*

MARIETA. Allí... allí, por detrás de aquellos árboles corría... ¡corría con mi hija en los brazos!... grité... avancé... caí!... ¡ya no le vi más... pero luego... ¡luego, me levanté y le seguí... le seguí... La noche era oscura... muy oscura: ¡le seguí! ¡La primera sonrisa de la aurora se reflejó en mi frente! ¡le seguí!... ¡la luz alumbraba ya mi camino! ¡brilló el sol!... ¡le seguí! Volvió la noche; ¡llegó el nuevo día y le seguí! le seguí... ¡Ay!... ¡las fuerzas me abandonaron! ¡y volví á caer! Después... después... ¡no sé más! pero oigo á ella que me grita «¡madre!... ¡madre mía!» ¡Su voz sale de entre la roca donde la enterraron! yo la oigo á todas horas; ¿no la oyes tú también?

LUISA. ¡Sí, Marieta, sí!

MARIETA. ¡Chist! .. ¡calla! *(Con tierna expresión).* ¡Me habla!... ¡me está hablando! ¡es su voz! ¡es su voz! *(Queda inmóvil como si la estuviese escuchando).*

LUISA. *(A Pablo aparte).* Pablo; ¡nunca la he visto así! Esa mirada vaga é indecisa me da miedo.

PABLO. Su excitación, en efecto, es alarmante; creo que debemos llamar á tu padrino; nadie mejor que él debe saber...

LUISA. No; yo la llevaré á su habitación y allí la verá. *(Dirigiéndose cariñosamente á Marieta).* ¡Marieta!...

MARIETA. ¡Es su voz! *(Extremeciéndose con tierna expresión).* ¡su voz!... ¡qué dulcemente resuena en mi oído!

LUISA. Ven... ¡ven conmigo!

MARIETA. ¿A buscarla?...

LUISA. Sí.

MARIETA. ¡Allí!... ¡allí!... ¡en la montaña!

LUISA. Sí, sí: vamos, Marieta.

MARIETA. ¡Vamos!... ¡vamos donde tú quieras! ¡Ah! ¡Qué buena eres conmigo! y yo... yo... ¡te amo tanto!... ¡tanto! ¡Ay! *(Mirando á Luisa fijamente).*

LUISA. ¡Llora... llora si puedes!

MARIETA. ¡Llorar!... ¡no! ¡si ya no llora nadie! ¡ni yo tampoco! ¿Lo ves? ¡mis ojos están secos! ¡ni una sola lágrima brilla ya en ellos! ¡pero he llorado mucho! ¡mucho! ¡Ahora mis lágrimas están encerradas todas aquí!... *(Señalando su corazón).* ¡Aquí... ¡Me abrasan!... ¡me queman!

LUISA. ¡Vamos!

MARIETA. Sí, sí; allí... ¡allí la encontraremos! ¡era tan hermosa!... ¡tan hermosa!... *(Volviéndose hacia Pablo cerca ya de la puerta).* ¡Chist!... ¡calla!... ¡calla!... ¡vamos á buscarla!... ¡no se lo digas á nadie!... ¡me está llamando!... ¿la oyes?... ¡calla!... ¡calla!... ¡calla!... *(Vase con Luisa por la izquierda).*

ESCENA IV

PABLO, *después* PICOLÍN *por la derecha.*

PABLO. ¡Desgraciada! si no fuera por Luisa, ¡qué sería de esta pobre mujer!

PICOLÍN. *(Entrando apresuradamente por la derecha con un farol encendido en la mano).* ¡Señorito Pablo!...

PABLO. ¿Qué ocurre?

PICOLÍN. Pues ocurre... que yo estaba en el pajar... abajo en la posada... ¿eh?

PABLO. Sí.

PICOLÍN. Y como yo estaba en el pajar... porque yo no dormía, señorito: ¡que había yo de dormir estando allí!...

PABLO. Bien, ¿y qué?

PICOLÍN. Que como estaba en el pajar y no dormía, oí perfectamente que daban grandes golpes en la puerta; al principio no hice caso y me acurruqué entre la paja, pero luego... luego tuve valor suficiente para mirar por la reja que da al patio, y vi á la señora Catalina abrir la puerta; yo creí que erais vos que bajabais ya de aquí; pero ¡quiá! era un jóven que venía á caballo y que á todo trance quería veros en seguida.

PABLO. ¿A mí?

PICOLÍN. Sí, señor, á vos; como que no quiso esperar á que volvierais. Así es que, quieras que no, me hicieron bajar corriendo del pajar y le he acompañado hasta aquí.

PABLO. ¿Pero no te ha dicho quién es?

PICOLÍN. Cárlos Rienzi. *(Dándole una tarjeta).*

PABLO. (*Con viva extrañeza*).
«Carlos Rienzi» (*Leyendo*).
Dile que pase inmediatamente.
PICOLÍN. Bueno, sí señor, pero... (*Deteniéndose*).
PABLO. ¿Qué?
PICOLÍN. Que al subir con ese señorito por la vereda, nos hemos encontrado en el camino con un buen hombre que ha llegado esta tarde á la posada, y me ha dicho con mucho empeño que quería hablar al señor Doctor.
PABLO. ¿A estas horas?
PICOLÍN. ¡Y que la noche no está para conversaciones! Pero en fin, dice que se lo ruegue así porque tiene que marcharse mañana temprano y el asunto interesa mucho.
PABLO. Bien, bien: conduce primero aquí á ese caballero y avisa después...
PICOLÍN. Al señor Doctor, ¿no es eso?
PABLO. Sí.
PICOLÍN. Voy, voy, señorito Pablo. (*Vase por la derecha*).

ESCENA V

PABLO, *después* PICOLÍN *y* CARLOS *por la derecha*

PABLO. ¡Cárlos aquí!... ¡es extraño ciertamente! ¿Por qué habrá adelantado su viaje con tanta precipitación? Mañana le esperaba en el castillo, es cierto, ¡pero llegar á estas horas y con la noche que hace!...
No alcanzo á comprender...
PICOLÍN. (*Entrando con Cárlos*).
¡Por aquí, señorito, por aquí!
PABLO. Cárlos. (*Adelantándose á recibirle*).
CARLOS. ¡Nada, nada; no hay que alarmarse! La visita es bastante intempestiva, lo comprendo, pero... el caso lo requiere y... (*Aparte á Pablo*).
Despide á ese criado.
PABLO. (*Indica á Picolín que vaya á avisar al Doctor. Picolín sin soltar el farolillo se retira por la izquierda, poseído siempre de su natural temor*).
Ya estamos solos. Habla, Carlos ¿qué motiva tu presencia aquí, en una noche tan horrible como esta?
CARLOS. Pues bien, he adelantado mi viaje porque el caso... el caso no es para menos.
PABLO. ¡Eh! Si no te explicas más claro...
CARLOS. Así es que... esta mañana temprano, monté á caballo y he venido á escape á comunicarte una noticia que... pero ya te he dicho que no te alarmes. Pablo; que todo ello no puede ser más que una mala interpretación que no tiene siquiera viso de...
PABLO. ¡Pero de qué hablas! ¡no te comprendo!
CARLOS. Sí, sí; voy al hecho; ya sabes que yo soy el movimiento continuo, que soy capaz de meterme por el ojo de una aguja cuando quiero saber alguna cosa. Te digo

esto para que no extrañes todo lo que en breves horas he llegado á saber.

PABLO. Pero...

CARLOS. ¡Ya, ya estamos en ello! ¡Anoche corrió rápidamente por Novara un rumor vago, infundado, increible, sí, pero no por eso menos infame y criminal!

PABLO. ¡Criminal!... ¡cada vez te comprendo menos!

CARLOS. ¡Pues bien, Pablo, mi querido Pablo, todos esos rumores se refieren á la muerte de tu tío.

PABLO. ¡Sea lo que sea, no me hagas más sufrir con esta horrible incertidumbre!

CARLOS. ¡Dicen que tu tío!...

PABLO. ¿Qué?

CARLOS. Que no ha muerto... de muerte natural...

PABLO. ¡Eh!

CARLOS. Que ha muerto...

PABLO. ¡Qué! ¿Cómo? ¡Acaba!

CARLOS. ¡Que ha muerto envenenado!

PABLO. ¿Envenenado? ¡Qué horror!

CARLOS. ¡Oh! ¡pero lo que es eso!...

PABLO. ¡Envenenado!... ¡Oh!... ¡que infamia!

CARLOS. Seguramente que todo parte de alguna mala interpretación porque... ¿qué otro motivo puede haber dado lugar á semejante suposición!

PABLO, ¡No vuelvo de mi asombro! ¡Mi tío envenenado!

CARLOS. ¡Vamos, serénate, Pablo! y tratemos sólo de desvanecer esos falsos rumores: qué diablo!

PABLO. ¡Sí, Carlos, sí; tienes mucha razón; un absurdo semejante no merece más que nuestro desprecio!

CARLOS. Serénate, pues, y...

PABLO. ¡Lo estoy, lo estoy ya! Solo deseo que me digas cuanto hayas oido sobre esa infame calumnia.

CARLOS. Lo haré en breves palabras — si es que alguna vez puedo hablar poco: soy abogado y no debes extrañar... Voy; voy derecho al asunto. Tan pronto como llegó á mis oidos ese rumor incomprensible, me puse como es natural, en movimiento: Oí, pregunté, indagué, corrí, entré, salí, y el resultado de mis indagaciones fué convencerme más y más de lo que la murmuración, con su lengua de hacha, cundía con asombrosa rapidez, y yo, por más que intentaba multiplicarme no podía acallarla; y eso que puedo asegurarte que ni mis piés paraban ni mi boca se cerraba un solo momento! ¡Voy, voy de lleno al asunto! Decían que la fortuna de tu tío, debía ser inmensa; que su muerte había sido repentina; y en fin, que se sospechaba que por heredar sus bienes...

PABLO. ¿Le había envenenado yo? ¿no es eso?

CARLOS. Bien, sí, pero...

PABLO. Y como la calumnia halla siempre combustible donde cebarse, la chispa saltó y el incendio rápidamente se hizo voraz y destructor! ¡pero continúa, continúa: quiero saberlo todo!

CARLOS. Alarmado por esos vagos rumores acudí á otros centros y aunque con la mayor reserva he podido saber ó por lo menos traslucir que las autoridades han tenido que tomar cartas en el asunto y han circulado órdenes para que mañana se presente el juzgado en el castillo, con dos médicos forenses, con el objeto de practicar la auptosia, único medio de esclarecer los hechos.

PABLO. ¡Pero eso, es terrible!

CARLOS. ¡Es cierto; pero la Ley, la justicia!...

PABLO. Tienes razón: lo comprendo. Nadie más que yo debe desearlo: tranquilo espero su fallo.

CARLOS. Bien, sí; pero... (*Con marcada insistencia*).

PABLO. ¿Qué?

CARLOS. Que como yo soy abogado y... en fin, si yo llegara á ser juez, que todo puede ser!... ¡yo mismo tendría!... ¡no hay más remedio!... ¡las leyes son severas!

PABLO. ¿Qué quieres decir con todo eso?

CARLOS. Que por las noticias que he adquirido, sospecho no sin fundamento, que el juez ha dictado contra ti un auto de prisión.

PABLO. ¡Eh!... ¿yo preso? (*Queda abismado*).

CARLOS. ¡No, no, Pablo!

PABLO. ¡Yo preso!

CARLOS. ¡Vamos, Pablo, valor! eso al fin nada significa pudiendo probar en el acto tu inocencia!

PABLO. ¡La probaré, sí, la probaré!

CARLOS. ¡Quién lo duda! por eso digo que esa detencion debe aún preocuparte mucho menos que lo calumnioso del hecho que la motiva.

PABLO. ¡Es verdad!

CARLOS. En fin, Pablo, si yo he corrido en busca tuya, ha sido porque he creído que mi deber era prevenirte...

PABLO. Y yo te agradezco con toda mi alma lo que hoy has hecho por mí.

CARLOS. Lo que yo hubiera deseado es poder atajar por mí sólo esa calumnia.

PABLO. Este sólo golpe faltaba para que la pobre Luisa...

CARLOS. ¿Luisa?

PABLO. Sí, Carlos, sí; el estado de su salud reclama que debemos prevenirla con mucho cuidado: sólo el Doctor puede encargarse de esto. Ahora... salgamos de aquí; bajemos á la posada..., y ni una palabra sola, hasta que mañana enteremos al Doctor; yo te lo ruego, Carlos.

CARLOS. Seré mudo: ¡te lo prometo, aunque tenga que hacer un esfuerzo sobrenatural!

PABLO. ¡Calla! ¡aquí se acercan!

ESCENA VI

Dichos, el DOCTOR *y* PICOLÍN *por la izquierda*

CARLOS. *(Adelantándose á saludar al Doctor).* ¡Mi respetable amigo!...

DOCTOR. *(Saludándole también con cariñosa expresión).* ¡Carlos!..

CARLOS. Sí, señor, sí: yo, que en alas de mi impaciencia, he volado á hacer compañía á mi querido amigo Pablo, porque... ya veis..., la ocasión no puede ser más... es decir...

DOCTOR. Ya comprendo: profesándoos tan gran afecto...

CARLOS. ¡De hermanos, sí señor, de hermanos! ¿no es cierto Pablo? *(Aparte á Pablo).* Vámonos pronto de aquí, no sea que sin pensar suelte alguna que... *(Volviéndose hacia el Doctor con el mismo atolondramiento).* Ya sé que Luisa sigue mucho mejor y...

DOCTOR. No tanto como yo deseara; pero confío en que muy pronto...

CARLOS. ¡Ah! pues yo creí que... Lo celebro mucho, es decir, celebro que muy pronto. *(Aparte á Pablo).* ¡Vámonos, hombre, vámonos!

DOCTOR. ¡Gracias, Carlos!

CARLOS. *(A Pablo).* Conque aquí me tienes á tu disposición, y cuando quieras...

PABLO. ¡Sí; ya es tarde y no debemos detenernos más!

DOCTOR. *(A Pablo).* No olvides nada de lo que te he dicho: mañana al amanecer...

PABLO. Cuando bajéis con Luisa ya estaremos lejos de la posada.

DOCTOR. Bien: ¡hasta mañana, pues!

PABLO. ¡Hasta mañana! *(Se despiden todos).*

CARLOS. *(Al Doctor, con su natural aturdimiento).* Le haré compañía esta noche y... ¡Oh! ¡sí señor, sí! ¡pues no faltaba más!... ¿á qué he venido? Lo considero como un deber: para las ocasiones son los amigos..., y yo me precio mucho de serlo!... ¡Hasta mañana, Doctor, hasta mañana!... ¡No..., no os molestéis!... ¡no consiento que...! ¡Adiós, adiós, amigo mío! *(Vanse Pablo y Carlos por la derecha).*

ESCENA VII

DOCTOR, PICOLÍN.

DOCTOR. Cabeza ligera..., pero buen corazón.
PICOLÍN. ¡Señor!... *(Acercándose).*
DOCTOR. ¡Ah! sí: ¡ya me olvidaba!... Di á ese buen hombre que entre, y espera tú en la antesala, que tengo que darte algunas instrucciones para Catalina.
PICOLÍN. Si el señor me necesita y quiere que me quede aquí esta noche...
DOCTOR. No: ¿para qué?
PICOLÍN. Lo decía porque abajo en la posada...
DOCTOR. ¿Qué?
PICOLÍN. ¡Que como ahora no hago falta!... para estar metido en el pajar...
DOCTOR. ¿Eh?
PICOLÍN. Quiero decir que como nada tengo que hacer allí...
DOCTOR. Agradezco tu buen deseo, pero no hay necesidad...
PICOLÍN. No, si lo que es por mí...
DOCTOR. Gracias, gracias; di á ese hombre que entre y vuelve luego.
PICOLÍN. ¡Voy, voy señor!
¡Cómo haría yo para quedarme aquí! *(Aparte).*
¡Voy, voy al momento!... *(Al Doctor).*
(Vase por la derecha con el farolillo).

ESCENA VIII

El DOCTOR, *después* JACOBO *por la derecha con su caja de buhonero.*

DOCTOR. Tal vez sea algún pasajero enfermo que reclama mis auxilios y no debo hacerle esperar.
JACOBO. Señor... *(Desde la puerta).*
DOCTOR. ¡Adelante, amigo, mío, adelante!
JACOBO. Muchas gracias.
DOCTOR. ¿Qué desea usted, buen hombre?
JACOBO. Pues... deseaba hablaros cuatro palabras.
DOCTOR. Ya os escucho.
JACOBO. Yo, señor, soy un pobre buhonero que ha llegado esta tarde á la aldea; y como aquí no conozco á nadie, y en la posada he oído hablar de vos como se merece, y el asunto de que se trata es bastante reservado, no he querido preguntar á nadie en la aldea: porque eso..., como comprendéis, sería lo mismo que dar dos cuartos al pregonero.
DOCTOR. Explicaos.

JACOBO. Pues es el caso... que abajo en la posada he visto á un hombre... sospechoso.

DOCTOR. ¿Sospechoso?

JACOBO. A lo menos para mí.

DOCTOR. ¿Y bien?

JACOBO. Que desearía saber qué hace aquí, y en qué se ocupa, y en qué concepto le tienen, porque... ya, ya sé, señor que no sois ningún agente de policía, ni mucho menos; pero como se trata de una verdadera obra de caridad: de una pobre madre á quien robaron su hija, hace ya algunos años, y que creo que se volvió loca de desesperación.

DOCTOR. ¿Eh?... ¿loca? (*Queda pensativo*).

JACOBO. Realmente yo no lo sé tampoco con seguridad; pero así debo suponerlo por las indagaciones que entónces hice.

DOCTOR. ¿Loca?... ¡creéis!... (*Con marcado interés*).

JACOBO. Sí señor: y el caso no era para menos. ¡Robar su hija á una pobre joven huérfana!

DOCTOR. ¿Una joven... huérfana?

JACOBO. ¡Si parte el corazón sólo pensarlo! ¡Quince años hace que pasó todo eso.

DOCTOR. ¡Quince años!... Puede usted explicarse con entera confianza.

JACOBO. Lo haré, señor, y procuraré no cansaros mucho. El hecho fué tan rápido como cruel. Estaba yo en mi pobre cabaña cerca de Lucerna...

DOCTOR. ¡Eh! *[Aparte]*.

JACOBO. Sí, señor: allí vivía en el monte con mi anciana madre, que en gloria esté, cuando una tarde llegó á mi cabaña una joven que habitaba en esa aldea y que todas las semanas iba con su hija á Pignerol á entregar su trabajo de costura.

DOCTOR. Y esa niña... ¿qué edad tendría próximamente?

JACOBO. Unos tres años poco más ó menos.

DOCTOR. ¡Continuad! (*Con vivo interés*).

JACOBO. Allí estábamos conversando tranquilamente cuando fuimos sorprendidos por unos malvados: á los dos nos arrojaron al suelo, tapándonos la boca y atándonos fuertemente para que no pudiéramos seguirlos. Ella pudo romper sus ligaduras y corrió desalentada gritando detrás de ellos; yo... á pesar de mis esfuerzos, no pude moverme de allí, hasta que mi pobre madre llegó más tarde á la cabaña. Crucé entonces el bosque en todas direcciones, llegué hasta Lucerna, pero á nadie encontré; por espacio de muchos días recorrí las aldeas vecinas y nada... nada pude saber ni de ella ni de los infames que le habían robado su hija; porque debo advertiros, señor, que conocía mucho á uno de ellos; aquella misma tarde había estado en mi cabaña, y aunque trató de ocultarse después con una manta, cuando volvió á ella, le reconocí perfectamente.

DOCTOR. ¿Y ese hombre?...

JACOBO. No he vuelto á verle más hasta esta tarde en la posada de esta aldea.

DOCTOR. ¿Estáis seguro de que ese hombre fué el que robó la niña?

JACOBO. ¡Segurísimo!

DOCTOR. ¡Pronto daremos con él, no lo dudéis!

JACOBO. ¡Ah! le prometo entonces que ha de acordarse de aquella mala pasada!

DOCTOR. Y decidme: ¿nadie ha acudido después á vuestra cabaña á informarse de ese hecho?

JACOBO. Sí, señor: creo que era un viejo criado, ignoro de quién, que si mal no recuerdo, se llamaba Lorenzo.

DOCTOR. ¡Lorenzo!... ¿y qué le dijisteis?

JACOBO. Le referí todo lo que había pasado, y aunque volvió varias veces como me pareció que ese hombre llevaba un interés oculto, porque nunca quiso franquearse conmigo, le oculté que en un lío de ropa que esa joven dejó en mi cabaña, había una cartera con varias cartas y papeles que he conservado en mi poder.

DOCTOR. ¿Y esas cartas?

JACOBO. Aquí, en el fondo de mi caja de buhonero están en la misma cartera que ella las dejó.

DOCTOR. ¿Tendríais inconveniente en enseñarme esas cartas?

JACOBO. Ninguno, señor; al contrario, yo lo que deseo es averiguar... *(Sacando la cartera de la caja).*
Aquí está la cartera. *(Se la da).*

DOCTOR. ¿Si me permitís?...

JACOBO. Sí, señor, sí; ved todo lo que queráis.

DOCTOR. *(Aparte. Viéndolas).*
¡La letra del Marqués! ¡Sí, la misma, la reconozco perfectamente! ¡No hay duda! ¡esa joven era la madre de Luisa! ¡esa joven... por las noticias que yo tengo, debe ser!...
(Volviéndose hacia Jacobo con creciente interés).
¡El nombre! ¡el nombre de esa joven!...

JACOBO. Marieta.

DOCTOR. ¡Marieta!

JACOBO. ¡Qué, señor! ¿acaso sabéis...

DOCTOR. ¿Reconoceríais á esa mujer si hoy volvierais á verla?

JACOBO. ¡Oh! ¡sí señor!

DOCTOR. Tened la bondad de esperar aquí un momento,
(Se dirige hacia la puerta de la izquierda y se detiene al ver aparecer en ella á Marieta y dice aparte):
¡Ella es!

ESCENA IX

Dichos, MARIETA *y* LUISA *por la izquierda, después* PICOLÍN *con el farol por la derecha.*

DOCTOR. *(Acercándose á Jacobo y en voz baja).*
¡Mirad bien á esa mujer! ¿la reconocéis?
JACOBO. *(Contemplándola).*
¡Los años!... ¡los sufrimientos tal vez!...
DOCTOR. ¿Dudáis?
JACOBO. Dudo, pero... *(Fijándose bien en ella).*
¡no!... ¡no!... ¡me atrevería á jurar!... ¡Si me permitís que la hable!...
DOCTOR. ¡Esa desgraciada... está loca!
JACOBO. ¡Loca!
DOCTOR. ¡Sí!
JACOBO. Sin embargo...
DOCTOR. Habladla.
JACOBO. *(Acercándose á ella. Aparte).*
¡Oh! ¡sí! ¡sí!... ¡es ella! ¡es ella!
¡Marieta! *(A Marieta aproximándose más).*
MARIETA. ¿Eh? ¿quién me llama? *(Con indiferencia).*
JACOBO. Soy yo... Jacobo.
MARIETA. ¿Jacobo?
JACOBO. ¡Sí, Jacobo, el que vivía en la cabaña del montecillo!...
MARIETA. ¡La cabaña!... ¡el montecillo!... ¡No! ¡no! ¡nada de eso existe ya!... ¡todo ha muerto! ¡ha muerto como mi hija!... ¡como mi pobre hija que me está esperando allí .. allí... entre la roca! *(Mirando hacia la ventana).*
LUISA. ¡Marieta!...
MARIETA. Sí, sí; si ya la oigo; ya la oigo que me dice:... «¡aquí, aquí estoy!...» ¡No! ¡no la veo ya! ¡no la veo ya! ¡ya no me habla! ¡se la han llevado! *(Encarándose con Jacobo).* ¿Dónde está?... ¿dónde está?.. ¡tú lo sabes! tú me has dicho... ¡habla! ¡habla! ¿quién eres tú?
JACOBO. Jacobo.
MARIETA. ¿Jacobo?
JACOBO. Sí, el de la cabaña de Lucerna.
MARIETA. *(Exaltándose por grados).*
¡Lucerna! ¡Lucerna!... ¡la cabaña!... ¡sí!... ¡sí!... ¡allí me la robaron para asesinarla después en el bosque!
JACOBO. ¡No! ¡no mataron á la niña!
MARIETA. *(Con loca alegría).*
¿Eh?... ¡no la han matado! ¡dice que no la han matado!... ¡está allí! ¡allí! me está llamando.
(Dando un grito terrible).
¡Aaah!... ¡á la montaña! ¡á la montaña!
(Sale precipitadamente por la derecha).

ESCENA X

Dichos, menos MARIETA.

JACOBO. *Aparte al Doctor).*
¡Es ella, señor, es ella, no me cabe duda!
PICOLÍN. (*Mirando por la ventana del fondo*).
¡Se dirige, en efecto, hacia la montaña! ¡Y con la noche que hace!
¡Uf! ¡Ave María Purísima! (*Da un fuerte relámpago*).
LUISA. ¡Oh! ¡no la abandonéis!
DOCTOR. ¡Abandonarla! ¡no! ¡no!... ¡ahora menos que nunca!
(*Asomándose á la ventana*).
Ha tomado el camino de la Boca del diablo.
PICOLÍN. ¡Uf!... ¡la Boca del diablo! (*Aparte y santiguándose*).
DOCTOR. ¡Es preciso seguirla!
JACOBO. La seguiremos, señor.
DOCTOR. (*Desde la ventana*).
¡Guillermo, suelta los perros y abre la verja para que salgan á la montaña!
¡Ellos nos ayudarán á buscarla! (*Volviéndose*).
Síguenos tú también. (*A Picolín*).
PICOLÍN. (*Aparte*).
¡Virgen del Tremedal!... ¡yo á la Boca del diablo!... ¡y en una noche de truenos!...
(*Temblando y sin soltar el farolillo*).
DOCTOR. Vamos.
PICOLÍN. Vamos, señor. (*Saliendo con el Doctor*).
DOCTOR. (*A Luisa*).
¡Hija mía! ¡ruega á Dios que lleguemos á tiempo de salvarla!
(Vase por la derecha. Luisa cae de rodillas frente á la ventana. Un relámpago vivísimo penetra por ella seguido de un fuerte trueno. Se oye dentro el ladrido de los perros que va alejándose gradualmente).

CUADRO.

(Empieza á caer lentamente el telón. La orquesta acompañará con una melodía adecuada á la situación la terminación de este cuadro y todo el siguiente; la mutación debe hacerse con toda la rapidez posible).

CUADRO 2.º

Altas y escabrosas montañas, cubiertas de nieve, en los Alpes. Varias sendas practicables conducen por ambos lados, desde la cumbre al valle que aparece en primer término. En la parte superior y en último término hacia la izquierda, se ve entre las rocas el tejadillo y parte del campanario de una ermita. Un puentecillo rústico, hacia la derecha, da paso á una cascada que cae desde lo alto de la montaña y va á perderse entre las rocas. La tormenta está en toda su fuerza. Sigue la orquesta.

ESCENA I

TOMÁS, BANDIDOS, *luego* MARIETA, *después* ROBERTO; *dentro los* PERROS. *Al alzarse el telón aparece Tomás vigilando desde lo alto de una roca, después baja hasta el centro de la montaña. Los bandidos, detrás de una gran piedra—de un metro próximamente de altura—hacia el segundo término izquierda, figuran que están cavando un hoyo con palas y picos. Se oye dentro, muy lejano, el ladrido de los perros: todos escuchan un momento y después siguen trabajando; luego levantan del suelo la caja que sacaron de la cochera, envuelta en el saco y la bajan al hoyo. Un momento antes de coger la caja para enterrarla aparece Marieta en lo alto de la montaña; á la luz de un relámpago, ve lo que hacen, da un grito que obliga á todos á ocultarse entre las rocas y baja rápidamente, atraviesa el puentecillo y desaparece por el centro de la montaña, á la derecha. Roberto sale por la parte baja de la izquierda y se reune á Tomás, que ha salido de detrás de la roca, donde se ocultó y ha bajado á primer término. Los bandidos vuelven á aparecer y á una seña de Tomás echan precipitadamente tierra en el hoyo para cubrirle.*

ROBERTO. ¡Ese grito!...
TOMÁS. Ha sido de la loca que vaga por la montaña.
ROBERTO. ¡Pero esa mujer ha visto!...
TOMÁS. ¡Nadie la hará caso!
ROBERTO. Sin embargo, aun en medio de su locura puede marcar el sitio donde se ha enterrado el cadaver y...
TOMÁS. ¡Todo pudiera ser!
ROBERTO. Es preciso que esa mujer no descubra...
TOMÁS. *(Sacando un puñal).* ¡No lo descubrirá! ¡La curaremos de un solo golpe! ¡Pronto daremos con ella!
(Se acerca á los bandidos, les habla aparte, y armados de puñales desaparecen misteriosamente por las diversas sendas de la montaña. Después de ocultarse los bandidos, se oyen más cerca los ladridos de los perros).
ROBERTO. ¡Otra vez!... ¡malditos perros!
TOMÁS. Ocultémonos; si llegaran á vernos atronarían la montaña con sus ladridos. *(Vanse por la izquierda).*

ESCENA II

Aparece PICOLÍN *con el farolillo por la senda del centro de la izquierda poseído del más vivo temor, desaparece por la derecha por el puentecillo rústico.*

PICOLÍN. (*Dentro, llamando con voz temblona, dominada por el miedo*).
¡Señor Doctor!
¡Señor Doctor! (*Más cerca*).
(*Momentos de silencio; después sale por la parte baja de la derecha, dando vueltas aterrado*).
¡Virgen del Tremedal!... ¡me he perdido entre las rocas!... ¡cómo he de encontrar al Doctor por estos vericuetos! ¡Ay!... ¡yo solo!... ¡solito en la Boca del diablo y en una noche de truenos!... ¡Pobre Picolín! ¡no preguntes á nadie del mal de que vas á morir!... ¡Dios mío!... ¡qué espantosa soledad!... ¡Si yo pudiera á lo menos traer aquí á todos los de la aldea!...
(*Se vuelve y á la luz de un relámpago ve la ermita*).
¡Uf!... ¡Santa Bárbara bendita!... ¡Ah!... ¡la ermita!... ¡la ermita sea mi salvación!
(*Vase corriendo y tropezando por la montaña, desapareciendo por detrás de las rocas donde está la ermita*).

ESCENA III

MARIETA, *luego* ROBERTO *y* TOMÁS, *después salen los perros.*

MARIETA. (*En completo estado de exaltación—como antes ha bajado por la montaña—aparece por la parte baja de la derecha, como buscando un sitio determinado que no encuentra; sube hasta el puentecillo, examina por todos lados hasta que se fija en la piedra detrás de la cual enterraron la caja*).
¡Ah!... ¡allí!... ¡allí!
(*Al dirigirse hacia la piedra, salen Tomás y detrás Roberto por la izquierda. Tomás, puñal en mano va á acometer á Marieta, que figura estar removiendo la tierra detrás de la piedra, pero se detiene al oir dentro la campana de la ermita tocando á rebato.*
TOMÁS. ¡Oh!... (*Deteniéndose*).
ROBERTO. ¡Maldición!... ¡huyamos de estos sitios!
(*Desaparece por la izquierda*).
TOMÁS. ¡Sí! ¡pero antes acabemos de una vez!
(*Avanza hacia Marieta. Esta que ha oído su voz, se levanta rápidamente, da un grito al verle y se coloca al lado de la piedra, tratando de defender aquel sitio con su cuerpo*).

MARIETA. ¡No! ¡no! ¡no me la robarán! ¡no me la robarás!...
¡Ah! *(Ladridos dentro muy cerca).*
¡Zegrí!... ¡Nelson!... ¡aquí! ¡aquí!... *(Gritando).*
(Tomás se acerca por fin con el puñal levantado para herirla. Marieta le sujeta el brazo y lucha con él. Los perros aparecen corriendo por la montaña, uno por el puentecillo y otro por la senda más elevada, dirigiéndose los dos hacia Marieta. Tomás, al verlos, empuja fuertemente á Marieta para deshacerse de ella, y ésta cae al pie de la piedra, quedando desvanecida al golpe y su cabeza sepultada entre la nieve).

TOMÁS. ¡Ah!... ¡malditos sean! *(Huye por la izquierda).*

ESCENA IV

MARIETA *tendida en el suelo, después el* DOCTOR *y* JACOBO *en el puentecillo; los perros figurando que siguen removiendo la tierra detrás de la piedra.*

DOCTOR. ¡Marieta!... *(Dentro).*
JACOBO. ¡Marieta!... *(Idem).*
DOCTOR. *(Idem más cerca).*
¡Zegrí!... ¡Nelson!... ¡Aquí están los perros!
(Aparecen el Doctor y Jacobo en el puentecillo. Los relámpagos se suceden ya hasta el final casi sin interrupción).
JACOBO. Sí, ¡escarban la tierra! ¿habrá caído esa pobre mujer en ese precipicio?
DOCTOR. No: mirad. ¡Allí se divisa un bulto! *(Desde el puente).*
JACOBO. ¡Es ella, señor! *(Bajando).*
DOCTOR. *(Idem).*
¡Qué horror!... ¡tiene la cabeza sepultada entre la nieve!
JACOBO. ¡Está herida!
DOCTOR. ¡Herida! *(Examinándola é incorporándola).*
JACOBO. ¡Tal vez al caer sobre la piedra!...
DOCTOR. ¡Ya vuelve en sí!... ¡Marieta! *(Llamándola).*
MARIETA. ¡Aaah! *(Tiritando de frío).*
¡Tengo frío!... ¡mucho frío!...
(Haciendo un esfuerzo y levantándose).
¡No!... ¡no!... ¡frío aquí no! fuego!... ¡fuego!... ¡mi cabeza arde!... ¡me abrasa!... ¡me quema!...
(Oprimiéndose la cabeza).
¡Aaah!... ¡Allí!... ¡allí está!...
(Volviéndose hacia la piedra).
DOCTOR. ¡Marieta! *(Deteniéndola).*
MARIETA. *(Fijándose en él).*
¡Eh!... ¿quién eres? ¡No te conozco!
JACOBO. ¡Marieta!

MARIETA. (*Volviéndose rápidamente y encarándose con él*). ¡Ah! ¿quién me ha llamado? ¡esa voz!... ¡yo conozco esa voz!

JACOBO. ¡Soy yo, Jacobo!

MARIETA. (*Reconociéndole á la luz de un relámpago*). ¡Oh! ¡sí!... ¡sí!... ¡Jacobo! ¡señor Jacobo!

JACOBO. ¡Me ha reconocido!

DOCTOR. ¡Dios poderoso! ¡un rayo de nueva luz que ilumine su razón!

MARIETA. ¡Sí, sí, señor Jacobo! ¡allí está!... ¡allí está!... ¡allí está!...

(Se dirige precipitadamente hacia la piedra, detrás de la que los perros figura que siguen escarbando; ella misma se pone á alentarlos, removiendo también la tierra. El Doctor y Jacobo la dejan hacer, contemplándola asombrados. La campana de la ermita sigue tocando á rebato. La tormenta en toda su fuerza).

CUADRO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardín ó parque del castillo; cerrado en el fondo con una gran verja. En primero y segundo término izquierda, una grada que sube á la puerta de un pabellón contiguo al castillo. En tercer término izquierda, detrás de la grada un cenador.

Estátuas, macetas, etc. etc. decoran el jardín. Bancos, veladores y sillas de rejilla á uno y otro lado.

ESCENA I

PICOLÍN *que aparece por el foro derecha, delante de la verja, al mismo tiempo que baja la señora* CATALINA *por la grada del pabellón de la izquierda.*

PICOLÍN. ¿Habéis visto ya á la señorita Luisa?

CATALINA. Sí; en este momento me separo de ella.

PICOLÍN. ¿Y cómo está?

CATALINA. Mucho mejor. ¡Ya se ve!... con tantas cosas tan inesperadas como han pasado en estos quince días, no es extraño que se haya resentido su salud.

PICOLÍN. ¡Y que cosas, señora Catalina!

CATALINA. Seis días hace ya que se trasladó aquí al castillo con el señor Doctor, y yo... como la quiero tanto, por eso he venido hoy á verla

PICOLÍN. ¿Y os volvéis ya á la posada?

CATALINA. Ahora mismo.

PICOLÍN. Pero decidme, señora Catalina: ¿estará ya pronto en libertad el señorito Pablo?

CATALINA. Esas son las noticias que acaba de recibir el señor Doctor. Los médicos han entregado ya en Biella, donde está preso el señorito, el informe que han escrito de la operación que hicieron sobre el cuerpo del señor Marqués.

PICOLÍN. ¡Ay!... ¡y qué operación, señora Catalina!

CATALINA. ¿Pero tú presenciaste?...

PICOLÍN. ¡Todo!... ¡si señora! Cuando aquella terrible noche cesó la tormenta, que ya el día empezaba á clarear, salí corriendo de la ermita, donde estuve más de una hora toca que toca la campana, y al bajar al valle encontré ya mucha gente allí; poco tiempo después

llegó la justicia y trasladaron el cuerpo del señor Marqués á casa del señor Doctor.

PICOLÍN. Después subieron todos y empezaron á tomar declaraciones...

CATALINA. ¡Demasiado lo sé!

PICOLÍN. Pues bien: al día siguiente hicieron los médicos, con el señor Doctor, ¡la... la *autopia* del difunto!

CATALINA. ¿Eh?

PICOLÍN. ¡No... no es eso! la... la... en fin, eso que hacen á los que se mueren para saber lo que tienen dentro.

CATALINA. La *utosia*.

PICOLÍN. ¡Eso! la *utosia*.

CATALINA. ¡Ya! y como es natural, se descubrió...

PICOLÍN. Que el señor Marqués estaba bueno y sano como una manzana.

CATALINA. ¡Cómo bueno y sano!

PICOLÍN. Es decir, todo lo bueno y sano que puede estar un muerto.

CATALINA. ¿Pero en qué cabeza cabe que el señorito Pablo hubiera envenenado á su tío? ¡Si pensarlo siquiera es una infamia!

PICOLÍN. Sí señora, es verdad; pero también lo es que, si no es por Marieta y por los perros que escarba que te escarba todo lo descubrieron, el señorito Pablo, como dice el señor Doctor, estaría á estas horas perdido irremisiblemente.

CATALINA. ¡Picaronazos! ¿pero qué objeto se habrán llevado?...

PICOLÍN. ¡Quién es capaz de saberlo!

CATALINA. ¡La verdad es que en todo esto hay un misterio incomprensible!

PICOLÍN. ¡Ya veis!... ¡saber ahora por el testamento del señor Marqués que la señorita Luisa es su hija! ¡nada menos que su hija!

CATALINA. Bien, bien; esas son cosas en que nosotros no debemos meternos.

PICOLÍN. ¡Es verdad!

CATALINA. ¡Memoria nos quedará para siempre de aquella horrible noche!

PICOLÍN. ¡Ay!... ¡señora Catalina, no me lo recordéis! cuando yo me ví solito en *la boca del diablo*... vamos, que creí... que me tragaba de veras.

CATALINA. Lo que no puedo aun explicarme es como llevaron allí á enterrar el cuerpo del señor Marqués.

PICOLÍN. (*Bajando la voz y con mucho misterio*). Mirad, señora Catalina: como á nosotros es á quien más interesa callar, porque... al fin y al cabo, eramos los únicos que estábamos allí...

CATALINA. ¿Eh?

PICOLÍN. Os diré que la cosa... el cambio, ¿eh?... ¡ya me entendéis!

CATALINA. ¿Qué?

PICOLÍN. Pues la cosa... debió hacerse en el patio de la posada.

CATALINA. ¡Ave María Purísima!
PICOLÍN. ¡No hay más Ave Marías que lo que acabo de decir.
CATALINA. ¡Pero hombre!... ¡Si eso parece imposible!
PICOLÍN. ¡No señora!... ¡no señora!... ¡no parece tan imposible! ¡Y si no vamos á cuentas! El señorito Pablo vino desde Novara acompañando el furgón: ¿no es verdad?
CATALINA. Sí.
PICOLÍN. Bien; después, como sabe usted, subió con el señor á su casa: ¿no es verdad?
CATALINA. ¡Sí, hombre!
PICOLÍN. Bien; usted se encerró con Rosina.
CATALINA. ¡Sí, hombre, sí!
PICOLÍN. Bien; yo me subí al pajar y sólo quedó allí dormido como un tronco aquel pícaro cochero que me dió el primer susto.
CATALINA. ¿Pero quién ha podido allí atreverse á sacar una caja y poner otra en su lugar, exactamente igual, llena de tierra?
PICOLÍN. No, pues lo que es que lo han hecho no cabe duda alguna.
CATALINA. ¿Pero quién?... ¡eso es lo que yo pregunto!
PICOLÍN. ¡Pues es un grano de anís lo que preguntáis! ¡Lo único que yo puedo decir es que el señor Jacobo, el buhonero, anda por ahí que bebe los vientos á ver si atisba al carretero aquel que entró aquella tarde en la posada!
CATALINA. ¡Qué! ¿se sospecha?...
PICOLÍN. ¿Pues no habéis oído, como yo, decir al señor Jacobo que es un tuno de marca mayor? ¡como que asegura que él debió ser también el que hirió á Marieta en la montaña!
CATALINA. ¡Pobre Marieta! ¡cuánto debe haber sufrido!
PICOLÍN. ¡Ya lo creo!
CATALINA. ¡Horrible debió ser todo lo que pasó por allí!
PICOLÍN. ¡Que si fué horrible!
CATALINA. ¿Pero tú no ibas con el señor Doctor y el señor Jacobo?
PICOLÍN. ¡Sí señora; y no sé ni como llegué á la ermita y me agarré á la cuerda de la campana
CATALINA. ¡Y entretanto la pobre Marieta!...
PICOLÍN. ¡Allí... entre la nieve!
CATALINA. ¡Bien puede dar gracias al señor Doctor; que si no es por él y los cuidados de la señorita Luisa no queda para contarlo!
PICOLÍN. ¡Como que ha estado seis días en cama, si se va ó no se va!
CATALINA. ¡Y mira tú lo que son las cosas! un milagro ha sido poderla salvar, y sin embargo la misma frialdad de la nieve sobre su cabeza, como asegura el Doctor, ha armado tal revolución en ella, que después de luchar entre la vida y la muerte ha recobrado la razón.
PICOLÍN. Es verdad.
CATALINA. ¡En fin: el hecho es que gracias á ella se ha salvado el señorito Pablo de una terrible acusación!

PICOLÍN. Gracias á ella... y á Zegrí y Nelson que la siguieron por la montaña.

CATALINA. ¡Vaya!... ¡vaya! ¡me estás entreteniendo con tanto charlar y á este paso voy á llegar de noche á la aldea!

PICOLÍN. *(Mirando hacia el pabellón).* Aquí viene la señora Baronesa. ¿No os despedís de ella?

CATALINA. ¡Como apenas la conozco!... ¡Además, son estos señorones tan serios!...

PICOLÍN. ¡Es verdad: no se parecen á la señorita Luisa ni al señorito Pablo!

CATALINA. ¡Conque... buenas tardes, Picolín!

PICOLÍN. ¡Buenas tardes, señora Catalina!

(Vase Catalina por el foro derecha).

ESCENA II

PICOLÍN *y* AMELIA *por la puerta del pabellón, después* ROBERTO *por la derecha en traje de camino.*

PICOLÍN. *(Saludándola exageradamente).* ¡Que Dios guarde á la señora Baronesa!... ¿Me manda la señora alguna cosa?

AMELIA. *(Con fría indiferencia, sentándose á la derecha).* No, nada.

PICOLÍN. ¡Vaya si es estirada de veras! *(Aparte).*

AMELIA. En cuanto llegue el señor Barón, avísame en seguida.

PICOLÍN. ¡El señor Barón! bien, señora, bien; en seguida que venga ya estaré yo aquí. Desde la puerta grande del parque se ve todo el camino: me pondré allí y en cuanto le eche los ojos encima...

(Al volverse tropieza con Roberto, que aparece por la derecha).

¡Eh!

ROBERTO. ¿Qué haces aquí?

PICOLÍN. ¡Yo!...

ROBERTO. ¡Retírate! *(Con sequedad).*

PICOLÍN. ¡Al momento, señor Barón, al momento! ¡En hablando del ruín de Roma!... *(Aparte).*

ROBERTO. ¿No has oído? *(Sentándose).*

PICOLÍN. ¡Sí, señor, sí! *(Aparte).* ¡Tienen unas despachaderas estos señores!...

(Vase por la derecha. Roberto, después de haber mirado al entrar á Amelia, que permanece pensativa, y al parecer indiferente á todo, se sienta al otro lado, sin saludarla, y queda también pensativo. Momentos de expresivo silencio).

ESCENA III

AMELIA *y* ROBERTO

AMELIA. ¿Y Pablo?
(*Después de observar con la mirada que están solos los dos*).
ROBERTO. Hace dos horas que le he dejado en Biella con su amigo Carlos.
AMELIA. ¿En libertad?
ROBERTO. ¡En libertad!
(*Pausa. Amelia vuelve á quedar pensativa con la aparente indiferencia propia de su carácter reconcentrado. Roberto se levanta, se pone á pasear, dominado por la preocupación, y después se detiene cerca de Amelia, á quien pregunta con marcada intención*):
¿Y... esa joven?
AMELIA. ¡Quién! ¿Luisa? (*Con aparente frialdad*).
ROBERTO. ¡Luisa! (*Con reprimido encono*).
AMELIA. Paseando en el parterre con el Doctor.
ROBERTO. ¡Oh! (*Conteniendo su ira*).
(*Nueva pausa. Roberto se sienta cerca de Amelia y queda otra vez pensativo, pero dominado por su emoción. Amelia, sin alterarse, le contempla breves momentos*).
AMELIA. ¿Es eso todo lo que tienes que decirme?
ROBERTO. ¡Todo!
(*Procurando con su seca contestación reprimir su enojo. Pausa*).
AMELIA. (*En tono reservado y dominante á la vez*). Roberto... te dejas llevar demasiado de tu carácter violento, y esto puede traernos algún día fatales resultados.
ROBERTO. ¿Peores aun que los que hoy tenemos? (*Con ironía*).
AMELIA. ¡Peores! En las circunstancias en que nos encontramos no debes dejarte arrebatar de ese modo: sólo con fría calma se puede hacer frente á las grandes contrariedades de la vida.
ROBERTO. ¿Y qué he de hacer? ya sabes que estamos arruinados, que nuestros planes han venido al suelo y que, una vez descubierto todo, Pablo volverá aquí, y...
AMELIA. ¿Y qué nos importa ya Pablo? ¿por ventura conseguiríamos ya nada, aun en el caso de que se encontrase en una prisión, bajo el peso del supuesto crimen de que se le acusaba? Hoy nuestras miras no deben estar ya en tu primo, sino...
(*Con marcada y criminal intención*).
ROBERTO. ¡Si, es verdad!
AMELIA. Ella... es hoy la única heredera de la fortuna de tu tío: es su hija.
ROBERTO. ¡Su hija! (*Con reprimido furor*).

AMELIA. ¡Sí, su hija! tu nueva prima. El reconocimiento está hecho en toda forma: el testamento de tu tío no deja lugar á duda alguna.

ROBERTO. ¡Es cierto! (*Vuelve á quedar pensativo*).

AMELIA. ¡Debemos convenir en que su lectura ha sido una verdadera escena de teatro! ¡una sorpresa inesperada! ¡un golpe de efecto!

(*Pausa, con perversa y muy marcada intención*). Desgraciadamente... ¡para ella su salud es poco envidiable!

ROBERTO. (*Levantando la cabeza y mirándola fijamente*). ¿Eh?... ¿qué quieres decir? (*Se levanta*).

AMELIA. (*Con la misma frialdad*). ¡Chist!... ¡calma! Roberto calma: si vamos á dar aquí ahora un espectáculo, entonces...

ROBERTO. No; habla: ¿has pensado?... (*Dominándose*).

AMELIA. Mucho.

ROBERTO. ¿Mucho?

AMELIA. Sí, pero antes es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre algunos detalles. ¿Crees que Pablo haya podido sospechar?...

ROBERTO. ¿De nosotros? nada: todo lo contrario. Aunque mi carácter arrebatado me lleve muchas veces á la desesperación, ya sabes que sé dominarme cuando la situación así lo reclama. Convencido de que descubierto nuestro plan debíamos ponernos á cubierto de toda sospecha, he ayudado al Doctor y á Carlos con exagerado celo para que se reconociese su inculpabilidad y le pusiesen en libertad. Hoy su agradecimiento hacia mí no es dudoso.

AMELIA. Bien, eso ya significa algo; yo también por mi parte he sabido inspirar una ciega confianza tanto al Doctor como á Luisa.

ROBERTO. ¡Luisa!... ¡Luisa!... ¡Oh! ¡si pudiera ahogarla entre mis manos! (*Con reconcentrada expresión*).

AMELIA. ¿Crees tú que la aborrezco yo menos?... Pero vamos á lo que interesa. ¿Temes que pueda venderte Tomás?

ROBERTO. No.

AMELIA. ¿Qué seguridades te ofrece?

ROBERTO. Le conocí, como sabes, hace cuatro años en Florencia; prestóme un ligero servicio...

AMELIA. En una aventura amorosa: lo sé; adelante.

ROBERTO. Poco tiempo después vióse complicado en una causa grave sobre falsificación de unos billetes: por suerte suya vinieron á mis manos varios documentos que le comprometían...

AMELIA. ¿Y esos documentos?

ROBERTO. Están en mi poder.

AMELIA. ¿De manera que tienes completa seguridad?...

ROBERTO. Completa: sabe que mi perdición sería la suya. Unicamente debo decirte que hoy su presencia aquí podría comprometernos y hemos acordado que salga esta misma tarde para Novara.

AMELIA. ¿En qué fundáis ese temor?

ROBERTO. Hace muchos años que realizó no sé qué aventura en la cabaña de ese buhonero que acompaña ahora á todas partes al Doctor: teme que le reconozca y hemos creído conveniente evitar un encuentro con él. Ahora mismo acabo de encontrarle cerca del castillo; ha sabido que ese buhonero ha bajado á la aldea á casa del Doctor y ha aprovechado esta ocasión para que tengamos aquí una entrevista con el objeto de entregarle una cantidad convenida para pagar su gente y acordar al mismo tiempo lo que convenga; dentro de un momento estará aquí y en seguida saldrá para Novara.

AMELIA Bien; para nada necesitamos ya sus servicios. Ahora la cuestión sólo nos corresponde á los dos, ó mejor dicho, á mí.

ROBERTO. ¿A tí?... ¡habla! (*Breve pausa*).

AMELIA. (*Después de asegurarse que nadie les oye*). El estado de Luisa, como sabes, es bastante delicado: si su enfermedad se agravase... si muriese, en fin, la fortuna de tu tío os correspondería á Pablo y á tí.

ROBERTO. Indudablemente.

AMELIA. Inutilizar á Pablo, como antes habíamos pensado, sería ya una temeridad inconcebible.

ROBERTO. Creo lo mismo.

AMELIA. Pues bien; entre heredar la mitad de una fortuna considerable, á perderlo todo, la elección no es dudosa...

ROBERTO. Creo adivinar...

AMELIA. Eso nos ahorrará detenidas explicaciones.

ROBERTO. Te escucho con viva impaciencia.

AMELIA. Es indudable que el Doctor es un hombre de profundos conocimientos en medicina: la ciencia cuenta hoy con nuevos medicamentos enérgicos y poderosos, pero de tan expuesta aplicación, que fácilmente pueden dar la vida... ó la muerte.

ROBERTO. ¿Qué quieres decir?

AMELIA. ¿Conoces los efectos... de la *digitalina?*

ROBERTO. ¿La *digitalina?*

AMELIA. Sí: un medicamento descubierto en Génova, hace pocos años por el doctor Le Ruayer, que da asombrosos resultados en las enfermedades del corazón.

ROBERTO. No, no le conozco.

AMELIA. Yo sí.

ROBERTO. ¿Tú?

AMELIA. Yo. En las noches que he velado á Luisa, fácilmente he podido proporcionarme uno de esos libros que el Doctor consulta á cada momento. Ese libro, que mis ojos han devorado durante esas noches, me ha hecho conocer... ¡muchas cosas que ignoraba!

ROBERTO. ¡Habla! ¡habla, Amelia! (*Con temor de que les escuchen*).

AMELIA. ¡Prudencia, Roberto!

ROBERTO. ¡No hay nadie! ¡Sigue! (*Después de observar*).

AMELIA. El Doctor marchará dentro de breves momentos en busca de Pablo.

ROBERTO. Sí.

AMELIA. Después partirán para Novara, donde permanecerán algunos días; durante su ausencia yo seré la enfermera de Luisa.

ROBERTO. ¿El Doctor ha dispuesto?...

AMELIA. Sí: ya te he dicho que he sabido inspirarle completa confianza. Esta tarde me ha entregado la medicina que debe tomar todos los días antes de acostarse. En un vaso de agua ocho gotas del contenido de un frasco azul, y cuatro del que encierra un frasco blanco: ésta es la *digitalina*.

ROBERTO. ¿De manera...

AMELIA. Que cambiando los frascos...

ROBERTO. Pero... ¿la responsabilidad?...

AMELIA. Si hay alguna será para el Doctor. ¿Quién es capaz de probar que no ha sido él quien se ha equivocado al preparar un medicamento tan expuesto? De todos modos la responsabilidad nuestra nunca podría tomar más caracter que el de una lamentable equivocación, pero no el de una acción criminal.

ROBERTO. Tienes razón; en ese caso, y no desconfiando de nosotros...

AMELIA. ¡Silencio!... ¡ellos son!

ESCENA IV

Dichos, LUISA *y el* DOCTOR *por el foro izquierda.*

LUISA. (*Dejando el brazo del Doctor, en que viene apoyada, y corriendo hacia Roberto al verle*).
¡Ah! ¡Roberto! ¿Y Pablo?

ROBERTO. Compláceme mucho ser portador de buenas noticias.

LUISA. ¿Es decir...

ROBERTO. Que ya está en libertad.

LUISA. (*Abrazando á Amelia con alegría*).
¡Ah! ¡Amelia! ¿no has oído?

AMELIA. ¡Mi querida Luisa!... ¿Qué otra cosa podíamos esperar?

LUISA. Pues... podíamos esperar...

AMELIA. Sí, que hubiese acompañado á Roberto hasta aquí: ¿no es cierto, Luisa mía? (*Acariciándola*).

LUISA. ¡Eso es!

AMELIA. Convengamos en que los hombres son muy poco atentos cuando se ocupan de asuntos serios.

DOCTOR. Asuntos que no debemos dejar hasta que veamos á Luisa en posesión de su verdadero estado, como todos deseamos.

ROBERTO. ¡Así debe ser!

LUISA. Pues yo hubiera preferido antes...

AMELIA. ¡Una visita cariñosa de Pablo! Tiene mucha razón Luisa, amigo Doctor. Verdad es que nosotras siempre la tenemos, aunque nunca nos la quieren dar!
(*En tono festivo*).

DOCTOR. *(Á Luisa).*
Ya sabes que Pablo tiene gusto especial en arreglar conmigo personalmente este asunto: esta tarde nos reuniremos en nuestra casa de campo y mañana saldremos para Novara: te prometo que antes de cuatro días estaremos todos reunidos aquí.
(Miradas de inteligencia entre Amelia y Roberto).
LUISA. *(Acercándose cariñosamente al Doctor).*
Pues á lo menos...
DOCTOR. ¿Qué?
LUISA. Permitidme que conteste á la carta que Pablo me mandó ayer desde Biella.
AMELIA. ¡Exigencia muy justa!
ROBERTO. Y muy natural!
DOCTOR. Yo mismo llevaré tu contestación.
LUISA. Entonces... *(Volviéndose hacia Amelia).*
AMELIA. Sí, vamos; yo añadiré también algunas líneas, diciéndole lo mucho que todos deseamos su regreso.
LUISA. ¡Oh, qué buena eres con nosotros, Amelia!
(Abrazándola).
AMELIA. No hago más que pagar vuestro cariño.
LUISA. ¡Es verdad! ¡todos... todos te queremos tanto!...
AMELIA. Vamos, mi querida Luisa.
(Vanse por la puerta de la izquierda).
ROBERTO. Os acompañaré hasta la galería.
(Vase detrás de ellos).

ESCENA V

DOCTOR, *después* PICOLÍN *por la derecha.*

DOCTOR. *(Pensativo).*
¿Habré hecho mal en sospechar de Roberto?... La ambición, el interés personal que hubiera podido guiarle á simular un crimen para perder á Pablo, ¿es razón suficiente para dudar de este hombre?... No... Sin más datos que este vago pensamiento, crímen sería el mío al dar forma á esta sospecha.
PICOLÍN. ¡Señor!... *(Entrando con marcada alegría).*
DOCTOR. ¿Qué hay?
PICOLÍN. El señor Jacobo acaba de llegar de la aldea y...
DOCTOR. Esperándole estaba, aunque no tan pronto; que pase.
PICOLÍN. Bien, sí, señor, pero...
DOCTOR, ¿Qué?
PICOLÍN. Que no viene solo.
DOCTOR. ¿Que no viene solo?
PICOLÍN. No; señor: le acompaña Marieta.
DOCTOR. ¿Marieta aquí?
PICOLÍN. Dice que ha sabido que la señorita Luisa estaba enferma, y como la quiere tanto...
DOCTOR. Bien, bien, que pasen en seguida.

PICOLÍN. Voy, señor. *(Se dirige hacia el fondo).*
DOCTOR. Oye.
PICOLÍN. ¡Señor! *(Volviéndose rápidamente).*
DOCTOR. En cuanto esté el carruaje dispuesto, avísame.
PICOLÍN. Está bien, señor. *(Vase por el fondo derecha).*

ESCENA VI

El DOCTOR: *después* MARIETA *y* JACOBO *por la derecha.* LUISA *dentro.*

DOCTOR. ¡Nada debe extrañarme su natural impaciencia! Al fin es su hija y bastante aflicción es para ella no poderla dar ese nombre. Es preciso: una nueva impresión ahora en Luisa pudiera serla funesta.
MARIETA. ¡Ah!... ¡señor Doctor! *(Entrando).*
DOCTOR. ¡Marieta!... *(Recibiéndola cariñosamente).*
MARIETA. ¡Dispensadme! he sabido que Luisa... ¿cómo está, señor?
DOCTOR. Mucho mejor.
MARIETA. ¿No me engañáis? *(Con cariñosa expresión).*
DOCTOR. Ya os he dicho que yo respondo de su salud.
MARIETA. ¡Ah! ¡gracias, gracias, señor! ¡cuánto tenemos que agradeceros!
JACOBO. Se empeñó en acompañarme...
MARIETA. La impaciencia me mataba.
DOCTOR. ¡Pero estando aún en la convalecencia!...
MARIETA. ¡Oh! ¡no! ¡si ya me encuentro fuerte!... ¡muy fuerte! ¡Mi Luisa!... ¡estando ella buena, lo estoy yo! ¡no lo dudéis señor, Doctor!
DOCTOR. Bien, pero es preciso que todos observemos la mayor prudencia, hasta que podamos prevenirla convenientemente.
JACOBO. Ya la he dicho que solamente el señorito Pablo está enterado del secreto de su nacimiento y...
MARIETA. ¡Sí! ¡sí! ¡si ya lo sé! Yo aquí, si el señor Doctor me lo permite, no seré más que una pobre sirviente; la última de las criadas: estando al lado de ella, pudiendo verla á todas horas... ¿qué me importa lo demás?
DOCTOR. La mejoría que he observado desde ayer no puede ser más satisfactoria; una impresión ahora, después de los tristes acontecimientos que se han sucedido, podría ocasionar un retraso funesto en su enfermedad.
MARIETA. ¡Oh! no hay cuidado que por mí...
DOCTOR. Ahora... ocupémonos de lo que á todos interesa. Dentro de breves momentos voy á partir en busca de Pablo: durante nuestra ausencia permaneceréis los dos aquí al lado de Luisa.
JACOBO. Bien, señor.
MARIETA. ¡No es otro mi deseo! ¡Estar á su lado!... ¿puede haber dicha mayor para mí?

DOCTOR. Sí, Marieta, sí; estando tú á su lado marcho tranquilo. Si alguna novedad ocurriera, ya sabe Jacobo...

JACOBO. Pronto lo sabríais, señor; yo mismo iría á participároslo en seguida.

DOCTOR. Perfectamente: ya va siendo tarde y debo partir, ved si el coche está ya preparado.

JACOBO. Voy, señor. (*Vase Jacobo por el foro derecha*).

LUISA. (*Dentro*).
Sí, Amelia: no debemos hacerle esperar más tiempo.

MARIETA. (*Bajo al Doctor con reprimida alegría*).
¡Es su voz!... ¡su voz! ¡hija de mi corazón!

DOCTOR. ¡Prudencia, Marieta!

MARIETA. ¡Sí, sí, la tendré!... ¡la tendré! (*Dominándose*).

ESCENA VII

Dichos, LUISA *y* AMELIA *por la puerta de la izquierda.*

LUISA. (*Saliendo con una carta que entrega al Doctor*).
¡Ya está aquí la carta! ¡Ah!
(*Viendo á Marieta y abrazándola con alegría*).
¡Marieta! ¡Marieta aquí! ¡qué alegría!

MARIETA. (*Esforzándose por reprimir su emoción*).
¡Sí, sí!... yo... yo que había sabido...
(*Contemplándola con amor*).
¡pero no!... ¡no! ¡me habían engañado! no estás enferma ¿verdad? Esa cara no revela... ¡qué hermosa! ¡qué hermosa estás Luisa mía!
(*Dominando por completo su entusiasmo. Transposición*).
¡Oh... no... no me hagáis caso! ¡mi razón no está todavía muy segura y.... Perdonadme señorita Luisa; olvidaba...

LUISA. ¿Qué? ¿vas á hablarme ahora como nunca me has hablado? ¿dejaré ya de ser para tí lo que siempre he sido? ¡No, Marieta, no! ¡no me hagas creer que ya no me quieres como me has querido!

MARIETA. ¡Que yo no la quiero! (*Mirando al Doctor*).

LUISA. Pues entonces ¿por qué me hablas así? (*Abrazándola.*)

AMELIA. ¡Esta mujer aquí!... (*Aparte. Queda pensativa*).

DOCTOR. Tiene razón Luisa: cariño que crece desde la infancia, no admite cambio alguno.

LUISA. ¿Lo oyes, Marieta? sé tú para mí lo que yo siempre seré para tí!

MARIETA. ¡Siempre!... ¡siempre!

LUISA. (*Volviéndose hacia Amelia*).
¡Ah! ¡Amelia! ¡ya la conocerás! ¡te he hablado tanto de ella! ¡es Marieta!

AMELIA. Sí, ya sé...

MARIETA. Señora baronesa...

AMELIA. Vivo deseo tenía en efecto de conoceros.
MARIETA. ¡Ah!
AMELIA. Si mal no recuerdo, siendo aún muy niña, la salvasteis de un peligro inminente.
LUISA. ¡Sí, sí!
MARIETA. ¡Señora!...
DOCTOR. En efecto; acosada en la montaña por una fiera, á Marieta debe su salvación.
AMELIA. Acción heroica... que todos los que amamos á Luisa debemos pagar con nuestro cariñoso agradecimiento.
MARIETA. ¡Me confundís, señora baronesa!
DOCTOR. En fin, Luisa: ya tienes dos enfermeras que cuidarán de ti. Justo es que Amelia descanse alguna noche con toda tranquilidad.
MARIETA. Señora, yo haré cuanto me mandéis: estoy completamente á vuestras órdenes.
AMELIA. Alternaremos en nuestras veladas.
LUISA. ¡Pero si ya estoy bien! no lo dudéis.
DOCTOR. Sin embargo, es preciso que sigamos el régimen establecido. *(A Marieta).*
Ya la señora baronesa está perfectamente enterada de todo: ella os dirá...
AMELIA. Sí. *(A Amelia).*
DOCTOR. Os recomiendo la mayor atención...
AMELIA. Ya, ya sé... No olvidaremos nada, Doctor.
DOCTOR. Así lo espero.
AMELIA. *(Aparte).*
¡Ah! ¡su enfermera! ¡sí!... ¡Esta mujer puede servirnos de mucho!
JACOBO. *(Entrando por el foro derecha).*
El coche está ya preparado.
DOCTOR. Adiós, Luisa: adiós, Amelia: Marieta, nada tengo que recordarte.
MARIETA. ¡Confiad en mí!
AMELIA. *(Llamando desde la puerta de la izquierda).*
¡Roberto!... ¡que se marcha ya el doctor!
LUISA. Amelia, vamos á acompañarle hasta la verja del parque.
AMELIA. Sí, vamos.
DOCTOR. Vamos pues.
(Vanse todos por el foro derecha; en este momento aparece Picolín por el primer término derecha y detiene á Jacobo, que iba detrás de todos).

ESCENA VIII

JACOBO *y* PICOLÍN

PICOLÍN. *(Entrando apresuradamente y casi vuelto de espaldas).*
¡Se... señor Jacobo! *(Deteniéndose).*
JACOBO. ¿Qué es eso?

PICOLÍN. ¡Él! *(Señalando hacia el primer término de la derecha).*
JACOBO. ¿Él?
PICOLÍN. ¡Le he visto!... ¡le veo todavía!
JACOBO. ¿Á quién?
PICOLÍN. ¡Al carretero!... ¡allí!... ¡allí viene!
JACOBO. ¿Qué carretero?
PICOLÍN. Ha entrado en el parque por la puertecilla que da á esa alameda.
JACOBO. Pero ¿quién, hombre, quién?
PICOLÍN. Pues ¿no os lo he dicho? el carretero aquel que entró en la posada la tarde que llegasteis á la aldea.
JACOBO. ¿Tomás?
PICOLÍN. Eso será. *(Jacobo se acerca á observar).* Pero ya no viene de carretero; parece más bien un señorito.
JACOBO. ¡Sí, es él! ¡ah tunante! ¡Ahora nos veremos cara á cara!
PICOLÍN. ¡El señor Barón sale del castillo!
JACOBO. ¡Ocultémonos aquí! *(Se ocultan detrás del cenador).*

ESCENA IX

Dichos; ROBERTO *por la puerta de la izquierda del castillo;* TOMÁS *por el primer término derecha.*

TOMÁS. *(Saliendo y deteniendo á Roberto, que se dirigía hacia el foro derecha).* ¡Señor Barón!...
ROBERTO. ¡Mucho te has retrasado!
TOMÁS. Partiré en seguida. *(Sacando una cartera con papeles).* Aquí tenéis la cuenta de lo que he entregado á mi gente, aunque con nombre supuesto, justifican debidamente...
ROBERTO. Esos papeles en tu poder son una imprudencia indigna de ti.
TOMÁS. Señor, creí que debía probaros...
ROBERTO. Toma. *(Dándole un fajo de billetes).* Ahí tienes para pagar tu gente y todos los gastos que se han hecho. Espérame en Novara; aunque nuestra tentativa de la posada haya fracasado, la mitad de la fortuna de mi tío aun vendrá á mis manos: pudiera morir su hija y...
TOMÁS. ¿Eh?
ROBERTO. Calla.
TOMÁS. ¿Es decir, que aun hay esperanza?...
ROBERTO. Sí, el golpe será ahora más seguro. Suceda lo que suceda, compraré tu silencio á peso de oro; no olvides esto: ¡á peso de oro!
TOMÁS. Seré mudo, señor.
ROBERTO. ¡Ahora vete!

(Vase Tomás por el primer término de la derecha y Roberto por el foro del mismo lado).

JACOBO. *(Saliendo con Picolín por detrás del cenador).* ¡Ah! ¡infames!... *(Asombrado).*

PICOLÍN. ¡Han sido ellos los que...

JACOBO. ¡Silencio!

PICOLÍN. ¡Pillastrones!... ¡pillastrones!

JACOBO. ¡Sígueme!

(Dirigiéndose hacia el mismo sitio por donde se ha marchado Tomás).

¡Lo que es de ésta no te escaparás!

(Vase seguido de Picolín).

(TELÓN)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Gabinete-despacho en casa del Doctor, que ocupará las dos terceras partes de la derecha de la escena. Puerta al foro y laterales en tercer término: ventana en primer término de la izquierda. Muebles de lujo, á la derecha velador y sillones; á la izquierda mesa escritorio de frente y sillón. Sillas volantes, alfombra, etc. Encima de la mesa, libros, papeles, etc., etc.

En la otra tercera parte de la izquierda de la escena aparecen: en primer término, la parte superior de unas rocas y en segundo término, frente al público, la fachada exterior contigua de la casa, con una claraboya ó ventana practicable en la parte superior de la fachada, lo más alto posible. La luna iluminará esta parte de la escena, al final del acto.

ESCENA I

CARLOS *aparece en el sillón que está al lado de la mesa; un* CRIADO *sale por el foro izquierda con un quinqué encendido que deja sobre la mesa y se retira.* PABLO *aparece un momento después por el foro izquierda y se acerca á* CARLOS *á quien cree dormido.*

PABLO. ¡Carlos!...

CARLOS. ¿Eh? (*Moviéndose en el sillón*).

PABLO. Creí que te había rendido el sueño.

CARLOS. ¡Sí, para dormir estamos!

PABLO. ¿Y se puede saber en qué pensabas?

CARLOS. No es difícil adivinarlo. Pensaba... en lo mismo que tú. ¿Podemos nosotros pensar ahora en otra cosa que en lo que ha dado lugar tu prisión?

PABLO. ¡Es verdad! (*Sentándose á su lado*).

CARLOS. Fácilmente comprenderás ahora por qué callaba.

PABLO. ¿Tienes algún indicio..., alguna sospecha?

CARLOS. (*En tono magistral*).
Regla es fija de derecho natural que entre las causas primordiales de todo delito existe siempre un...

PABLO. Carlos!...

CARLOS. (*Variando de tono*).
Sí, tienes razón; ya empezaba á entusiasmarme y... Nada, nada; dejémonos de lucubruciones teóricas y descendamos á la práctica.

PABLO. Es lo mejor.

CARLOS. Que el atentado era expuesto y atrevido, no puede ponerse en duda: suponer que esto sea una venganza no se comprende fácilmente; en primer lugar porque tú no tienes enemigos, y en segundo, porque nadie se comprometería hasta ese extremo, sin otro móvil que el de satisfacer esa vil pasión.

PABLO. Opino como tú.

ESCENA II

PABLO, CARLOS *el* DOCTOR *por el foro izquierda. Detiénese primero al oir á* CARLOS *y después avanza lentamente, según marca el diálogo.*

CARLOS. Aunque vulgar y por demás conocido, es un principio de derecho que para buscar el origen ó causa primera de un delito, debemos siempre hacernos esta pregunta: ¿á quién puede interesarle directamente el crimen que se haya perpetrado?

PABLO. (*Temiendo adivinar sus sospechas*). ¿Qué quieres decir?

CARLOS. Repito que no hago más que sentar un principio de derecho, y como yo... ya creo que te he dicho que llegaré á ser juez ó cosa parecida, como juez pienso y como juez procedo en mis indagaciones.

PABLO. Pero ¿esa pregunta?...

CARLOS. ¡Es grave, gravísima!... ya lo sé; pero como para los grandes males son los grandes remedios, para los delitos de marca mayor se han hecho los hombres como yo que se paran poco en contemplaciones.

PABLO. Bien; más no por eso hemos de dudar... de todo el mundo.

CARLOS. ¡No, si yo no dudo de todos! con uno... de ley, que caiga bajo el peso de la misma, estoy contento.

PABLO. ¿Pero... ese uno?

CARLOS. ¡Vaya, vaya! basta de rodeos y entremos de lleno en la cuestión. ¿Conoces tú á fondo, por ventura, á tu primo Roberto?

DOCTOR. (*Con solemne expresión presentándose entre ellos*). ¡No, señor!

PAB. Y CARL. ¿Eh? (*Levantándose*).

DOCTOR. (*Con el mismo tono*). ¡Ni él..., ni yo mucho menos, hemos tenido ocasión de tratarle íntimamente!

CARLOS. Yo no he dicho... (*Disculpándose*).

DOCTOR. Nada y mucho.

CARLOS. Pero...

DOCTOR. Tomad asiento: siéntate Pablo.
(*Pausa. Carlos se sienta en el mismo sillón: Pablo en el de la derecha y el Doctor en el centro*).
Un sólo fin dirige nuestros actos. La íntima amistad

que le une con Pablo, y que yo aprecio en todo lo que vale, permítame que la haga mía también.

CARLOS. Yo os agradezco...

DOCTOR. La mayor prueba que pueda daros en este momento de la confianza que me inspiráis, y que á la vez deseo yo inspiraros, se encierra en estas palabras: «yo también he dudado de Roberto».

PABLO. ¡No, Carlos, no! eso no es posible: cierto es que apenas conozco á mi primo Roberto, pero no por eso debo suponer en él tan encubierta maldad.

DOCTOR. Nada me extraña que pienses de esa manera: Y sin embargo, al oiros en este momento esa sospecha vuelve á mí; no sé explicarme por qué; pero vuelve. Permitidme ahora que á mi vez os pregunte lo que acabáis de preguntar á Pablo: ¿conocéis á fondo á Roberto?

CARLOS. ¡Sí, señor! *(Con seguridad).*

DOCTOR. ¿Y conociéndole... os habéis expresado en esos términos? *(Sensación general).* Hablad, Carlos, hablad: yo os lo suplico.

CARLOS. Pues bien, señor doctor, seré tan breve como expresivo: la situación en que hoy nos encontramos así lo reclama, y hablaré,... como si hablara conmigo mismo: si mi sospecha es infundada, entre nosotros solo ha de quedar; no trato de infamar á nadie; solo anhelo señalar á Pablo un peligro, tal vez imaginario, pero que muy bien pudiera no serlo.

DOCTOR. ¡Deber... el más sagrado de la amistad!

CARLOS. Ella me impone prevenirle á todo: y si he guardado sobre esto el más profundo silencio durante estos días, es porque la prisión de Pablo era lo único que debía ocupar nuestra atención.

PABLO. ¡Gracias, Carlos!

DOCTOR. Hablad; os escuchamos. *(Breve pausa).*

CARLOS. He conocido á Roberto en Florencia, donde he seguido mi carrera, y donde él ha vivido, como todos sabemos, hasta hace poco más de un mes que se trasladó á Novara. Como yo, dicho sea sin alabarme, parece que he nacido para meterme en todas partes.... Voy, voy de lleno á la cuestión.—Cierto es que no he tenido con él relación alguna de amistad: tanto es así, que él apenas me conocía, hasta que ahora, con motivo de la prisión de Pablo. nos hemos tratado con alguna más intimidad. Sin embargo, como él figuraba bastante en Florencia, por su título y posición social, no me son desconocidas sus hazañas.

DOCTOR. Continuad.

CARLOS. Entregado completamente al juego y á toda clase de aventuras escandalosas, háse visto comprometido más de una vez en graves conflictos: su fortuna, ya amenguada considerablemente por su madre, se redujo á tal extremo que, por reponerla sin duda, apeló á ciertos medios... que hemos dado en calificar con el nombre de estafas.

DOC. Y PAB. ¿Eh?
CARLOS. Dura es la palabra, pero así lo marca el Código penal.
PABLO. ¡Pero eso... es ser ya un bandido!
DOCTOR. ¿Estáis seguro de lo que decís?
CARLOS. ¡Oh! sí señor: ¡esto ya en Florencia si es un secreto... será un secreto á voces! Cito hechos demasiado conocidos ya por desgracia. En fin, el cuento sería interminable si entrase ahora en ciertos detalles de su vida. Afirmo, bajo mi responsabilidad, que la conducta de Roberto es más que sospechosa como sospechosa es también la de la mujer que pasa por esposa suya.
PABLO. ¿Qué dices?
DOCTOR. ¿La Baronesa?
CARLOS. No es su mujer.
DOCTOR. ¡Que no es su mujer!
CARLOS. No, señor; es una aventurera que conoció en Nápoles y que vive con él desde hace dos años.
PABLO. ¡Una aventurera!...
DOCTOR. ¿Pero... esas revelaciones?...
CARLOS. Son harto comprometidas para que yo me atreviese á indicarlas siquiera, ni aun en el seno de la amistad, sino estuviese seguro de ellas. Yo mismo he conocido en Nápoles á esa mujer. La conducta de Roberto en Florencia no es solo la de un calavera aturdido, sino la de un hombre osado y altivo, sin conciencia y sin corazón: de esto puedo dar fe.
DOCTOR. ¡Pablo! es indispensable que ahora mismo volvamos al castillo. *(Todos se levantan).*
PABLO. Sí.
CARLOS. Creo también que sería lo más prudente.
DOCTOR. Mañana te enteraré allí de lo que has de hacer en Novara, y ya que Carlos está aquí él te acompañará.
CARLOS. Es lo mejor de todo.
DOCTOR. Yo no debo separarme de Luisa y de Marieta. ¡No se qué vago presentimiento me dice que he hecho mal en dejarlas solas!
PABLO. Sí; partamos en seguida.

ESCENA III

Dichos; después PICOLÍN *por el foro derecha*

PICOLÍN. *(Dentro).* ¡Cuando te digo que viene detrás de mí! ¡no le dejéis escapar!
DOCTOR. ¿Eh? ¿qué voces son esas?
PICOLIN. *(Entrando muy agitado).* ¡Ya le traemos, señor!... ¡ya le traemos! ¡le hemos cogido el señor Jacobo y yo cerca del castillo! ¡Y digo si el mozo estaba bien armado!
(Enseñando un cuchillo de monte que luego dejará sobre la mesa).

DOCTOR. ¿Pero á quién?
PABLO. ¡Explícate!
CARLOS. ¡Sí, hombre, explícate!
DOCTOR. ¿A quién habéis cogido?
PICOLÍN. ¡Pues no lo he dicho ya! á aquel pícaro carretero... ¡que no es carretero! ¡al cómplice del señor Barón!
DOCTOR. ¿Eh? ¡del Barón!...
PABLO. ¿De Roberto?
DOCTOR. ¡Qué es lo que dices!
PICOLÍN. Pues sí, señor: ellos son los que robaron del patio de la posada el cuerpo del señor Marqués y le llevaron á enterrar á la montaña.
DOCTOR. ¡Ellos!...
PABLO. ¡Tú sabes!...
CARLOS. ¡Pero, hombre, explícate de una vez!
PICOLÍN. ¡Pues de una vez me explico! ¡como que se lo hemos oido decir á ellos mismos el señor Jacobo y yo!
DOCTOR. ¿A ellos?
PICOLÍN. Sí, señor.
CARLOS. ¿Cuándo?
PABLO. ¿Dónde?
PICOLÍN. En el parque del castillo.
DOCTOR. ¿En el castillo?
PABLO. ¡Es posible que Roberto...
DOCTOR. ¡Calla!
¡Sigue! (*A Picolín*).
PICOLÍN. Pues como iba diciendo, nos escondimos detrás de una enramada, y vimos al señor Barón que le daba un montón de billetes, de esos que valen mucho dinero, para pagar á la gente que les había ayudado á llevarse aquella noche el cuerpo del señor Marqués. ¡Buena gente sería!... ¡Pillastrones!...
PABLO. Pero...
DOCTOR. Continúa.
PICOLÍN. Dijeron... que el asunto no estaba perdido todavía. ¡Y que ahora el golpe sería más seguro!
PABLO. ¡Pero qué nueva infamia!...
DOCTOR. ¡Habla!... ¡di todo cuanto sepas!
CARLOS. ¡Si: todo!... ¡todo!
PICOLÍN. Pues... la verdad, señor; como yo estaba así tan... tan asustado, no entendí bien lo que dijeron luego: porque también hablaron de que como ahora está enferma la señorita Luisa...
PABLO. ¡Luisa!
CARLOS. Bien ¿y qué?
DOCTOR. ¡Luisa!...
PICOLÍN. Sí, señor: en fin, el señor Jacobo os lo explicará todo mejor que yo, porque como le ha cogido una cartera llena de papeles...
DOCTOR. ¿Una cartera?
PABLO. ¿A quién?
PICOLÍN. A ese tunante de carretero... que no es carretero.
DOCTOR. ¿Y dices que Jacobo...

PICOLÍN. Sí, señor: todo... ¡todo lo sabe!
PABLO. ¿Y dónde está ahora?
CARLOS. Sí, ¿dónde?
PICOLÍN. Pues con ese galopín sube ya por la vereda.
PABLO. ¡Oh! *(Vase por el foro derecha).*
PICOLÍN. ¡Ya deben estar ahí! ¡subíamos juntos, pero yo me he adelantado para no entrar todos aquí de golpe y porrazo!
DOCTOR. ¿Y dices que en esa cartera hay unos papeles?...
PICOLÍN. Que lo explican todo, sí, señor.
DOCTOR. ¡Todo!
PICOLÍN. ¡Así lo dice el señor Jacobo!

ESCENA IV

DICHOS, *después* PABLO, JACOBO, TOMÁS *y detrás* PICOLÍN *por el foro derecha.*

JACOBO. *(Dentro. En tono de amenaza).* ¡Si das un paso atrás cuenta conmigo!
PICOLÍN. ¡Ah! ¡ya están ahí! *(Vase corriendo).*
CARLOS. *(Aparte).* ¡Cuando yo decía que el tal Barón es un pillo de marca mayor!
(Aparecen en la puerta del foro derecha Pablo y Jacobo empujando á Tomás que trae los brazos atados con una cuerda; detrás Picolín amenazándole, pero sin acercarse mucho á él).
JACOBO. ¡Adelante digo!
PICOLÍN. ¿No has oído?... ¡adelante!... ¡hum!
JACOBO. *(Al Doctor).* Señor: este miserable, á quien por fin he podido dar caza, es el cómplice del señor Barón en el atentado de la otra noche.
DOCTOR. ¿Tenéis completa seguridad en lo que afirmáis?
JACOBO. La tengo: aquí están las pruebas.
(Sacando de su bolsillo una cartera y entregándosela al Doctor).
DOCTOR. ¡Veamos!
(El Doctor y Carlos se acercan á la mesa y examinan los papeles).
JACOBO. Claras son y precisas para los que ya estamos en antecedentes.
PABLO. *(A Tomás con amenazadora expresión).* ¿Qué tienes que decir en tu defensa, miserable?
PICOLÍN. ¡Así!... ¡fuerte!... ¡fuerte, señorito Pablo!
PABLO. ¡Infame!... ¡no quieres hablar!
PICOLÍN. ¿Te has vuelto mudo, canalla?
JACOBO. Ya cantará, señorito; dejadle por mi cuenta que ya me conoce.
PICOLÍN. No, no mires á las puertas, que no te escapas.

DOCTOR. (*Examinando con Carlos los papeles*). ¡Cuentas, recibos, una carta de Roberto!

CARLOS. Otras varias sin firma.

DOCTOR. Pero es su misma letra.

CARLOS. ¡Sí, la misma, no hay duda!

DOCTOR. ¡Una relación de gastos de viaje: ¡mirad, mirad esto!

CARLOS. «Un ataúd, un carro, dos caballos...» (*Leyendo*).

DOCTOR. ¡Oh! ¡eso es!

CARLOS. ¡Basta! Esta nota es una prueba irrecusable.

DOCTOR. ¡Jacobo!... (*Llamando á Jacobo*).

JACOBO. Señor...

DOCTOR. ¿Aseguráis que el señor Barón...

JACOBO. Yo mismo le he oído hablar con este miserable.

PICOLÍN. ¡Y yo!... ¡Yo también!

JACOBO. Además, señor: aunque no pueda dar una explicación clara de ciertas palabras que hemos oído, sé que meditan un nuevo atentado contra la señorita Luisa.

PABLO. ¡Contra Luisa! ¿Qué?... ¿Se atreverían?...

DOCTOR. ¿Contra Luisa?

JACOBO. Sí.

DOCTOR. ¿Qué habéis oído? ¡Decid, decid!

JACOBO. Repetiré las mismas palabras que dijo el señor Barón: he procurado retenerlas bien en la memoria.

DOCTOR. ¿Qué?

PABLO. ¡Acabad!

JACOBO. «Aunque nuestra tentativa de la posada haya fracasado, la mitad de la fortuna de mi tío aun vendrá á mis manos. El golpe será ahora más seguro. Su hija está enferma y... fácilmente pudiera morir».

PABLO. ¡Oh!

CARLOS. ¡Miserables!

DOCTOR. ¡Qué intentarán!... ¡Oh! ¡no! ¡no! ¡No quiero pensarlo! ¡Qué horrible idea se apodera de mi pensamiento!... ¡Pronto, Pablo... al castillo! ¡Decid á Guillermo que ensille inmediatamente los caballos!

PABLO. (*A Tomás*). ¡Infame!... ¡Con tu vida me responderás de la suya!

CARLOS. Vamos, Pablo.

(*Vanse Carlos y Pablo por el foro derecha*).

ESCENA V

El DOCTOR, JACOBO, TOMÁS *y* PICOLÍN.

DOCTOR. (*A Picolín*). Guillermo y Juan el guardabosque custodiarán aquí contigo á ese malvado hasta que volvamos del castillo.

PICOLÍN. ¡Bien, señor!

DOCTOR. Vos, Jacobo, venid con nosotros: abajo en la posada encontraréis otro caballo.

JACOBO. Para nada lo necesito, señor; yo soy fuerte, conozco ya bien el atajo y llegaré lo menos media hora antes.

DOCTOR. Conducid á ese hombre á la habitación de arriba y cerrad bien la puerta.

JACOBO. ¡Vamos!

PICOLÍN. ¡Arriba, tunante!... ¡Al cuarto obscuro! (*Empujándole*). (*Vanse Jacobo y Picolín, llevándose á Tomás por la puerta de la izquierda*).

DOCTOR. ¡Dios mío!... ¡Esta idea me horroriza! ¡No se aparta de mi imaginación ni un solo instante! «¡Fácilmente puede, morir su hija!» ha dicho. ¡Nada más sencillo que engañar á Marieta!... Unas gotas más de *digitalina!* ¡Cambiar un frasco por otro! ¡Ah! ¡Una sola esperanza me alienta! ¡Luisa no debe tomar la medicina hasta la hora de recogerse!... ¡Ah! ¡Si llegásemos tarde!...

JACOBO. (*Volviendo con Picolín de la izquierda*). Ya está arriba, señor.

PICOLÍN. No se escapará: he cerrado bien la puerta.

DOCTOR. (*Examinando y guardándose algunos frascos pequeños de los que están encima de la mesa*). ¡Jacobo, no os detengáis!

JACOBO. ¡Ni un momento, señor! (*Vase por el foro derecha*).

DOCTOR. Y tú...

PICOLÍN. ¡Ya, ya sé!... Esperaré aquí á Guillermo y á Juan; estando con ellos no hay cuidado: ¡seremos tres contra uno!

DOCTOR. (*Examinando los frascos*). ¡No, no es éste!... ¡Ah! ¡Éste es! (*Se lo guarda*). ¡Dios poderoso!... ¡que llegue á tiempo de poderla salvar! (*Vase por el foro derecha*).

ESCENA VI

PICOLÍN, *Después* TOMÁS *por la ventana alta de la fachada de la izquierda.*

PICOLÍN. ¡Matar á la señorita Luisa!... ¡Picaronazos! Pero ¿quién había de decir que todo un señor Barón... ¡Para fiarse uno de nadie!... (*Mirando á todos lados*). La verdad es que cuando estoy solo... ¡me entra un desasosiego!... ¿Solo? No, que arriba está... ¡Me parece que tardan mucho á venir Guillermo y Juan el guardabosque. (*Acercándose al foro*). Ya se marchan, sí: oigo las pisadas de los caballos. (*Volviendo hacia la escena*). ¡Si me dejarán aquí solo! ¡Pues maldita la gracia que me haría!

(*Tomás abre la ventana de arriba, observa un momento y después saca una cuerda, la coloca en la ventana y empieza á descolgarse por ella*).

¡Eh! (*Escuchando hacia la puerta de la izquierda*). ¡Me pareció oir pisadas arriba! ¡Si se desatara ese condenado y pudiera abrir la puerta del desván!... ¡Caracoles!... ¡Cerremos también ésta por si acaso! (*Cierra la de la izquierda*). ¡Vamos, que no las tengo todas conmigo! (*Acercándose á la ventana de la izquierda*). ¡Si desde aquí pudiera oirme Guillermo! (*Abre la ventana y se queda asombrado al ver descolgarse á Tomás*). ¡Santa Tecla me valga! ¡Se está descolgando por la ventana! ¡Guillermo! ¡Juan! ¡Señor Doctor! ¡Que se escapa!... (*Dando voces*). ¡Nada! ¡No me oyen! ¡Ya baja! ¡Ya baja!... (*Asomándose*). (*Volviéndose asustado y viendo el cuchillo en la mesa*). ¡Ah! ¡Arriba, Picolín! (*Coge el cuchillo, abre la puerta de la izquierda y desaparece rápidamente, gritando dentro*): ¡Espera! ¡Espera! ¡Allá voy yo! (*Aparece en la ventana. Tomás estará ya en medio de la fachada descolgándose*). ¡Yo te ayudaré á bajar, tunante!... ¡Espera un poco! (*Corta la cuerda y cae Tomás por detrás de las rocas*). ¡Cataplum!... ¡Allá va eso!... ¡Picolín, eres todo un valiente!

CUADRO

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Pequeño salón gótico del castillo que ocupará á la izquierda las dos terceras partes de la escena.

En el fondo una gran puerta, formada por columnas, que dá paso á una alcoba donde habrá una cama cubierta por las colgaduras que sostienen las columnas.

A la izquierda, en segundo término, una puerta: otra secreta en primer término.

A la derecha, en primer término, otra puerta grande con escalinata que sube á la terraza del parque: en segundo término una ventana.

Muebles del día del mayor lujo.

Entre la puerta de la izquierda y la secreta un tocador con espejo, frascos, etcétera, etc.

En el foro, derecha, junto á las columnas, una mesa de noche y un sillón. En la mesa de noche una lamparilla encendida con pantalla.

En primer término, derecha, un velador, sillón y silla baja ó taburete de tapicería. Encima del velador botella con agua, copas, frascos de medicina y palmatoria con bujía apagada.

En la otra tercera parte de la escena, á la derecha, una terraza ó descansillo con balaustrada de una gran escalera que baja al parque.

Esta terraza será practicable y estará á la altura de la escalinata de la puerta del salón.

Por la balaustrada ó barandilla del fondo se ven las copas de los árboles, arbustos, etc., etc., del jardín.

La parte ahora iluminada por la luna será la de la escalera.

ESCENA I

MARIETA *aparece en la puerta del fondo, con la cortina levantada, contemplando á* LUISA *que duerme sobre la cama: un momento después sale* AMELIA *por la puerta del segundo término izquierda.*

AMELIA. ¿Duerme? (*Desde la puerta*).
MARIETA. Sí. (*Deja caer la cortina y se acerca á Amelia*). Hace un momento que un golpe de tos la fatigó un poco y la hice que se recostara en el lecho: ahora descansa tranquilamente.
AMELIA. ¿Estáis bien enterada de todo cuanto os he dicho?
MARIETA. Perfectamente, señora Baronesa.
AMELIA. Cuando despierte...

MARIETA. Prepararé la medicina y la tomará en seguida: ahora, no creo que conviene despertarla.
(*Enciende la bujía en la lamparilla*).

AMELIA. Aquí tenéis.
(*Dejando sobre la mesa dos pequeños frascos: uno azul y otro blanco*).
Esto es lo que el Doctor ha preparado.

MARIETA. Muy bien. (*Echa agua en la copa*).

AMELIA. Ya sabéis...

MARIETA. Sí: de este frasco. (*Cogiendo el azul*).

AMELIA. Cuatro gotas. (*Marieta las echa en la copa con agua*).

MARIETA. ¿Y de éste? (*Cogiendo el frasco blanco*).

AMELIA. Ocho. (*Vacilando un poco al decirlo*).

MARIETA. ¿Ocho?

AMELIA. Sí. (*Marieta echa las ocho gotas.*)

MARIETA. Ya está.

AMELIA. Eso es. (*Con perfecto dominio de sí misma*).

MARIETA. ¿No tenéis que darme alguna otra instrucción?

AMELIA. No: ninguna. Os prevengo únicamente que durante la noche suele agitarse bastante, pero no os alarméis por eso: después se calmará.

MARIETA. ¿Y en ese caso?

AMELIA. Un poco de agua azucarada... y nada más; es todo cuanto el Doctor ha dispuesto.

MARIETA. Todo se hará como me habéis dicho; podéis estar segura de que nada olvidaré.

AMELIA. Bien; así lo espero. Ahora... ya que duerme tranquilamente, yo también me retiro á descansar. Si ocurriese... alguna novedad, avisadme en seguida. Ya sabéis que esa escalera conduce á mis habitaciones.
(*Señalando la puerta por donde ha salido*).

MARIETA. Así lo haré.

AMELIA. Buenas noches.

MARIETA. Buenas noches, señora Baronesa.
(*Váse Amelia por la puerta de la izquierda*).

ESCENA II

MARIETA *y* LUISA.

MARIETA. (*Alzando las cortinas y volviendo á contemplar á Luisa*).
Aún duerme; su respiración no puede ser más tranquila.
(*Dejando caer las cortinas y volviéndose hacia la escena*).
¡Qué felicidad tan inmensa llena hoy mi corazón! ¡nunca la he sentido tan grande! ¡velar yo misma su sueño! ¡estar á su lado!... ¡verla! ¡contemplarla á cada momento! ¡Dios mío! ¿qué he hecho yo para gozar tanto bien? (*Breve pausa*).

LUISA. ¡Pablo! *(Dentro).*

MARIETA. ¡Eh! *(Escuchando).*

LUISA. ¡Pablo! *(Dentro).*

MARIETA. ¡Sueña con él! ¡Le ama tanto!

LUISA. ¡Marieta! *(Dentro. Llamándola).*

MARIETA. ¡Ah! ¡también piensa en mí!

LUISA. ¿Estás sola? *(Con viva satisfacción. Dentro).*

MARIETA. ¡Se ha despertado! ¡No hay duda!
(Luisa envuelta en una bata de lana blanca con cabos negros levanta las cortinas y aparece en la puerta del fondo; Marieta se acerca cariñosamente á recibirla. Las dos abrazadas avanzan hacia la escena).
¿Por qué te has levantado?

LUISA. Aún es temprano; después me recogeré. ¡Tenía tantos deseos de hablar contigo! ¡hasta ahora no nos ha dejado solas ni un momento y tengo tantas cosas que decirte!

MARIETA. ¿A mí? *(Con mucho cariño).*

LUISA. ¿A quién mejor? Ven: sentémonos aquí.
(Hace sentar á Marieta en el sillón, junto al velador, y ella se sienta á sus pies en el taburete, quedando recostada en sus rodillas).

MARIETA. ¿Te encuentras bien?

LUISA. ¡Muy bien! ¡nunca me he sentido mejor!

MARIETA. *(Contemplándola con amorosa mirada. Aparte).* ¡Cabe en el mundo mayor felicidad!

LUISA. *(Llevándole la mano á su corazón).* ¿Vés?... los latidos no son ya tan fuertes, y la fiebre ha cedido: el calor que sentía en mi frente ha desaparecido por completo.
(Marieta sigue contemplándola, y al presentar su frente la dá un beso en ella).

MARIETA. ¡Sí!... ¡sí!... ¡es verdad!... ¡es verdad!

LUISA. *(Breve pausa. Con cariñosa alegría).* Si supieras lo que hace un momento estaba soñando.

MARIETA. Si tú me lo dices...

LUISA. ¡Soñaba... que veía á mi madre! ¡que la estaba abrazando!... y que ella...

MARIETA. ¿Qué?

LUISA. ¡Me miraba... me miraba con tanto cariño, con tanto amor... como tú me estás mirando en este momento!

MARIETA. ¿Cómo yo?... ¿Cómo yo?

LUISA. Sí; y después...

MARIETA. Después...

LUISA. Me decía: «¡Pablo es inocente! ¡Pablo no puede ser cómplice de ese horrible crimen, de esa profanación hecha al cadáver de tu padre! Pablo es bueno, y te ama... ¡te ama con todo su corazón! ámale... ¡ámale tú también, hija mía, que él ha sido el que ha encontrado á tu madre! ¡á tu madre, que ha sufrido mucho por tí, pero que ahora, al contemplarte entre sus brazos, su felicidad es tan inmensa que, no cabiendo ya

en su corazón, brota de sus ojos, como raudal purísimo de celestial consuelo!

MARIETA. (*Con amante y sentida expresión, abrazándola*). ¡Luisa!... ¡Luisa de mi corazón!

LUISA. ¿Lloras?... ¿Lloras tú porque... ¡No! ¡yo no he querido afligirte!

MARIETA. ¿Afligirme tú? ¿cómo ha de ser eso posible?

LUISA. ¡Todo ha sido un sueño! ¡un sueño, nada más! ¡pero sueño... que quizás muy pronto se realice!

MARIETA. ¿Tú crees...

LUISA. ¡Sí!

MARIETA. ¿Esperas?...

LUISA. ¡Sí! ¡sí!

MARIETA. ¡Es tan bella... tan bella la esperanza!

LUISA. Lo espero, ¡sí! porque Pablo...

MARIETA. ¿Qué?

LUISA. ¡No te lo he dicho ya! Pablo me ha escrito que él también cree que muy pronto...

(Observando rápidamente la escena).

Ahora estamos solas; nadie nos escucha: ¿quieres que te lea su carta?

MARIETA. Sí, como tú quieras.

LUISA. ¡En breves líneas me dice tanto en ella! ¡tanto!... ¡tanto!... ¡que en ella pensando, me dormí, con ella soñé, y por ella vi á mi madre! ¡Ahí tienes explicado mi sueño!

Aquí debo tenerla. *(Sacando la carta del bolsillo).*

MARIETA. (*Aparte*).

¡Si el corazón pudiera dilatarse, cuánta dicha cabría ahora en el mío!

LUISA. *(Leyendo).*

«Luisa mía: cuando leas estas líneas estaré ya en libertad, por fin han reconocido mi inocencia. Que tú no necesitabas prueba alguna lo sé: mi corazón me dice que ni un solo momento has dudado de mí». ¡Cómo no ha de saberlo... si hasta mi pensamiento es suyo! «¡Volvernos á ver!... ¡qué placer tan inmenso! ¡Decirnos que nos amamos!... ¡qué mayor felicidad! ¡no se concibe que haya para nosotros dicha mayor! ¿no es verdad, Luisa mía? Y sin embargo, puede haberla, la hay, no he de olvidar tus últimas palabras: «Júrame si me amas, Pablo mío, que no hemos de gozar bien en la tierra hasta que encontremos á mi madre, muerta ó viva; muerta... para llorarla; viva... para arrojarnos los dos en sus brazos».

MARIETA. ¿Muerta?... ¡no! ¡no!

LUISA. ¡Lo sé! ¡lo sé! ¡escucha, escucha! «¡Qué venturoso día será éste para nosotros! porque... ¿cómo es posible que la muerte viniera ahora á turbar nuestra dicha? No, Luisa, ¡no es posible! ¡tu madre debe vivir para nosotros! ¡tu madre vive!» ¡Vive!... ¡vive! ¿lo oís? ¡lo dice Pablo, y Pablo no puede engañarme!

MARIETA. ¡No... no puede engañarte! ¡vive!.. ¡vive para amar-

te!.. ¡para quererte!... ¡para alimentar su vida con la tuya!

LUISA. ¿Qué? ¿tú sabes también...

MARIETA. ¿Yo?...

LUISA. ¡Vive! ¡sí! ¡tus labios acaban de decirlo! ¡tu mirada, me lo dice también! ¡todos... todos me lo dicen!... ¡Madre!... ¡madre de mi corazón!... ¡no tardes en venir á mis brazos!

MARIETA. ¡A tus brazos!

LUISA. (*Con fatigosa respiración, promovida por su natural exaltación*).
¡Ah!... ¡qué placer... tan inmenso... será para mí!

MARIETA. (*Conmovida, procurando dominarse para calmar la excitación de Luisa*).
¡Luisa!... ¡Luisa mía! ¡te has agitado mucho! ¡cálmate!... ¡procura serenar tu espíritu!... ¡yo te lo ruego!

LUISA. ¡Sí! ¡sí! (*Con la misma fatiga*).

MARIETA. Espera... espera.
(*Acercándose á la mesa y cogiendo la copa de la medicina*).

LUISA. ¡No te alarmes, Marieta; esta fatiga cederá pronto, ¡soy tan dichosa al pensar que he de volver á ver á mi madre!...

MARIETA. ¡Sí, sí, no lo dudes! ¡la verás! ¡la verás! pero ahora... bebe, bebe; esto te hará mucho bien.

LUISA. Sí, dame, quiero estar completamente buena para que no sufra... al verme sufrir.
(*En el momento de ir á beber, vuelve Marieta hacia la izquierda y como si escuchara algún ruido*).

MARIETA. ¿Eh?

LUISA. ¿Qué es eso? (*Deteniéndose*).

MARIETA. Creí percibir un ruido extraño.

LUISA. Sí, allí, hacia ese lado.
(*Escuchando las dos con atención. Luisa deja la copa en el velador*).

ESCENA III

Dichas; DOCTOR, *que aparece en la puerta secreta.*

LUISA. ¡Ah! (*Con extrañeza y alegría al verle*).

MARIETA. ¿Vos aquí?

DOCTOR. (*Entrando*).
No os alarméis, un olvido involuntario me ha hecho volver al castillo. ¿Has tomado alguna medicina desde que yo salí esta tarde de aquí?
(*Acercándose á Luisa con marcada impaciencia*).

LUISA. No, ninguna.

DOCTOR. ¡Ah! (*Respirando con gran satisfacción*).

MARIETA. (*Señalando la copa*).
Ahora mismo iba á dársela, señor.

DOCTOR. ¡No!
LUISA. ¿Esa puerta? ignoraba...
DOCTOR. Nada te sorprenda; hija mía, en los antiguos castillos nunca faltan puertas secretas que prestan gran servicio en muchas ocasiones.
LUISA. Venís muy agitado.
DOCTOR. El cansancio del camino... Pablo tenía tantos deseos de volver aquí...
LUISA. ¡Pablo!
DOCTOR. Sí, hija mía; antes de ir á Novara, como habíamos pensado, ha querido verte.
LUISA. ¿Y ha venido?...
DOCTOR. Sí, mira, allí, en el fondo de esa galería hay un gabinete: ¿divisas la luz?
(*Señalando hacia la puerta secreta*).
LUISA. Sí.
DOCTOR. Allí te espera con su amigo Carlos.
LUISA. Allí!...
DOCTOR. Vé, vé, hija mía.
LUISA. ¡Ah! ¡Pablo!... (*Vase corriendo por la puerta secreta*).

ESCENA IV

MARIETA *y* DOCTOR.

DOCTOR. (*Sentándose rendido en la butaca*).
¡Gracias, Dios mío! hemos llegado á tiempo.
MARIETA. ¿Qué pasa, señor Doctor? (*Alarmada*).
DOCTOR. Ahora... ahora os enteraré de todo en mi habitación. Jacobo nos espera, debo darle algunas instrucciones.
(*Fijándose en la copa*).
Una luz, una luz.
(*Marieta enciende la bujía en la lamparilla y alumbra con ella*).
¿Quién ha preparado esta medicina?
MARIETA. Yo misma: la señora Baronesa me enteró de lo que debía hacer, entregándome esos dos frascos; ella misma lo presenció.
(*El doctor, que había sacado un pequeño frasco del bolsillo, echa unas gotas en la copa y el agua toma inmediatamente un precipitado rojo, muy subido de color*) (1).
DOCTOR. ¡Ah! mis temores no eran infundados, ¡trataban de envenenarla!

---

(1) Esta preparación se consigue echando María en la copa con agua, en la escena 1.ª, unas gotas de disolución de *percloruro de hierro*, y ahora el Doctor otras gotas de disolución de *sulfocianuro potásico*, lo cual hace que el agua tome instantáneamente el color rojo.

MARIETA. ¿A quién? *(Con horror).*
DOCTOR. A Luisa.
MARIETA, ¡A Luisa! ¿envenenar á mi hija?
DOCTOR. Tranquilizaos; ningún temor existe ya; seguidme: Jacobo nos espera.
MARIETA. Pero ¿esa copa?...
DOCTOR. Ya os he dicho que nada tenemos ya que temer; yo respondo de todo.

ESCENA V

Dichos y JACOBO *por la puerta secreta.*

JACOBO. Señor. *(Entrando).*
DOCTOR. ¡Jacobo! *(Sorprendido al verle entrar).*
JACOBO. Ese miserable se ha escapado de la habitación en que le habíamos encerrado, descolgándose por la ventana.
DOCTOR. ¿Qué decís?
JACOBO. Juan el guardabosque acaba de llegar con Picolín. Aunque éste dice que cortó la cuerda con que se descolgaba, indudablemente, con su natural sagacidad, habrá podido asirse de las rocas y ha llegado al castillo hace un momento.
DOCTOR. ¿Otra vez aquí ese miserable?
JACOBO. Ya sabéis, señor, que él se enteró de todo lo que hablamos allá en la aldea cuando le cogimos preso, y fácilmente se comprende que de todo habrá enterado también al Barón. Juntos han salido los dos del castillo hacia las caballerizas que están á ese lado del parque: indudablemente tratan de huir.
DOCTOR. Pero la Baronesa...
JACOBO. Le habrán dado aviso y huirá con ellos.
MARIETA. Pero ¿qué horrible trama es esta?
DOCTOR. Marieta, repito que nada hay que temer respecto á Luisa; esperadme en mi habitación y todo lo sabréis, los momentos son preciosos y no debemos perder ni un solo instante. Salgamos todos de aquí.
MARIETA. Os espero, señor.
(Vase por la puerta secreta, llevándose la bujía).
DOCTOR. *(Volviéndose hacia Jacobo).*
Me consta que la Baronesa aun está arriba en sus habitaciones. Esa escalera conduce á ellas perfectamente.
(Señalando la segunda puerta de la izquierda).
Como éste es el salón que antes ocupaba, la llave de esa puerta que da al parque deben tenerla ella ó Roberto; por aquí deben huir. No perdamos ni un solo momento.
JACOBO. Vamos. *(Vanse por la puerta secreta cerrándola).*

ESCENA VI

ROBERTO, *después* TOMÁS. *Roberto sube misteriosamente por la escalinata del parque, escucha cerca de la puerta, y no oyendo ruido alguno dentro del salón, se asoma á la barandilla y dice en voz baja:*

ROBERTO. Sube. *(Tomás aparece por la escalinata).*
TOMÁS. Huyamos pronto, señor; Jacobo está ya en el castillo.
ROBERTO. Lo sé.
TOMÁS. Reparad que de un momento á otro estarán todos aquí, si ya no han llegado.
ROBERTO. Es preciso avisar á la Baronesa.
TOMÁS. ¡Pronto, señor!
ROBERTO. ¡Calla! *(Escuchando desde la puerta).* Nada oigo. Dormirá tal vez.
TOMÁS. ¡Pero si despierta esa joven!...
ROBERTO. ¡Ay de ella si se interpone en mi camino! Perdido ya todo... me vengaría al menos.
TOMÁS. Reparad, señor...
ROBERTO. No hay otro camino; afortunadamente la llave de esta puerta está en mi poder. Jacobo vigila la entrada del castillo y daría la voz de alarma si nos viese salir. ¿Los caballos?...
TOMÁS. Preparados están en la puerta falsa del parque...
ROBERTO. Mira si alguien observa por ese lado y avísame; aquí espero.

(Baja Tomás la escalera y desaparece. Roberto queda en la barandilla esperando el aviso).

ESCENA VII

ROBERTO *en la terraza;* AMELIA *por la segunda puerta de la izquierda del salón. Al entrar ésta, se cierra por sí sola la puerta. Después Tomás por la escalera.*

AMELIA. Me pareció haber oído voces. *(Entrando).* *(Abre las cortinas de la alcoba y ve que no hay nadie).* ¡No está!
ROBERTO. *(Hablando hacia el interior desde la barandilla).* Bien; avisa si alguien se acerca.
(Sube á la terraza, saca una llave y abre).
AMELIA. *(Escuchando).* Ese ruido... ¿Habrá venido Pablo? ¿Se habrán atrevido á salir al parque á buscarle? Vuelven... Observemos. *(Viendo la puerta cerrada).*

¡Se ha cerrado la puerta!... ¡Ah!... aquí.
(Apaga la luz de la lamparilla y se oculta en la alcoba. Roberto abre y baja la escalinata con el mayor silencio, dirigiéndose hacia la puerta que encuentra cerrada).

ROBERTO. ¡Oh!... ¡está cerrada!... ¡Maldición!

TOMÁS. *(Subiendo precipitadamente la escalera y dirigiéndose á la puerta de la terraza).*
¡Señor... se dirigen hacia aquí! ¡pronto, ó estamos perdidos!
(Amelia abre las cortinas de la alcoba y aparece en la puerta. Roberto al volverse tropieza con ella y en su desesperación saca el puñal y la hiere).

ROBERTO. ¡Ah!... ¡cúmplase á lo menos mi venganza!
(Amelia da un grito y cae dentro de la alcoba).

TOMÁS. *(Bajando por la escalinata).*
¡Ya están ahí! ¡la huida por aquí es imposible!
(Murmullos dentro hacia el jardín).

ESCENA ÚLTIMA

Dichos; el DOCTOR, MARIETA *y* CARLOS *por la puerta secreta.* JACOBO, PICOLÍN, *guardabosques, carabineros, criados, etc., por la escalera del parque. Algunos con hachas encendidas; últimamente* LUISA *y* PABLO *por la misma puerta secreta.* MARIETA *traerá escondida la misma bujía que sacó al marcharse y que después dejará en el velador.*

DOCTOR. *(Entrando y fijándose en Roberto que con el puñal en la mano aparece en la puerta de la alcoba, tratando de cubrirla con las cortinas.*
¡Miserable!... ¡no esperes á tu víctima!

LUISA. ¡Por aquí Pablo! *(Dentro).*

ROBERTO. *(Con asombro).*
¡Ella!... ¡ella!... ¡Oh!... ¿qué he hecho yo!
(Entra en la alcoba y dice dentro).
¡Amelia!... ¡Amelia! .. ¡Muerta!
(Sensacion general). Vuelve á aparecer en la puerta y descorre las cortinas en su loco arrebato. Amelia yace caida sobre la cama).
¡Oh!... ¡yo!... ¡yo mismo la he asesinado!
(Queda aterrado).

MARIETA. ¡Qué horror! *(Retirándose hacia la derecha).*

TOMÁS. *(Que habrá vuelto á subir á la terraza, observando desde la puerta).*
Huyamos, señor.

JACOBO. *(Apareciendo por la escalera del parque con Picolín y los que le acompañan).*
¡Por aquí!

PICOLÍN. ¡Arriba todos!

TOMÁS. ¡Ah! *(Retrocediendo por la escalinata de la puerta).*

DOCTOR. *(A Roberto).*
¡Terrible es el castigo! ¡he ahí la expiación de tu crimen!

LUISA. ¡Madre!.... ¡madre! *(Dentro).*

MARIETA. ¡Su voz!... ¡es á mí!... ¡me llama!...

DOCTOR. ¡Sí! *(Con solemne expresión).*

LUISA. *(Apareciendo con Pablo en la puerta secreta).*
¡Madre!... ¡madre mía!...

MARIETA. ¡Hija de mi corazón!
(Arrojándose en sus brazos. El Doctor queda dominando la situación. Roberto y Tomás en el fondo aterrados. Jacobo, Picolín y acompañamiento formando un grupo en la escalinata y en la terraza junto á la puerta del salón. Pablo y Carlos forman otro grupo á la izquierda. Sensación general.

CUADRO

FIN DEL DRAMA